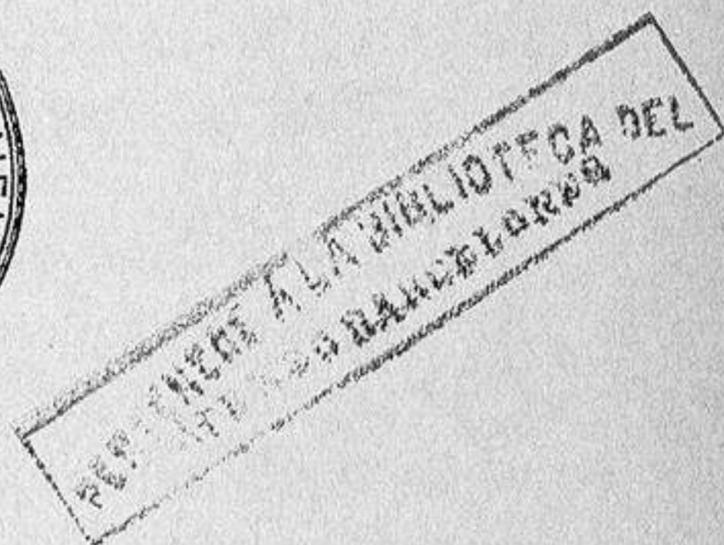


REVISTA CONTEMPORÁNEA

REVISTA CONTEMPORÁNEA

AÑO XXI—TOMO XCIX

JULIO—AGOSTO—SEPTIEMBRE 1895



DIRECCION Y ADMINISTRACIÓN
PIZARRO, 17, PRINCIPAL

OFICINAS

PARÍS
Joseph Moos
Place de la Republique,
núm. 16

BUENOS AIRES
Manuel Reñe
BRASIL
Bellarmino Carneiro
Pernambuco

CUBA
D. Miguel Alorda
O'Reilly, 96
Habana.

DERECHOS RESERVADOS

MADRID, 1895

TIPOGRAFÍA DE LOS HIJOS DE MANUEL GINÉS HERNÁNDEZ

Libertad, 16 duplicado, bajo



LA MUÑECA (I)

(C U E N T O)

Mi comisión oficial había terminado. Tomé un billete para volverme á Madrid en el correo, y después de comprar dos ó tres recuerdos insignificantes, destinados á la familia, fuí á despedirme de Sor Eugenia.

Á más de la deuda de gratitud que yo tenía que pagarle por sus innumerables atenciones durante los días que empleé en visitar el manicomio, un fin egoísta me hacía apretar el paso en dirección de la casa de dementes, Sor Eugenia me tenía ofrecido contarme la historia de *La Muñeca*. Siempre aplazaba para otro día satisfacer mi hambrienta curiosidad. Pero ahora no había excusa.

Estaba en su celda leyendo cerca de la ventana en un voluminoso cuaderno de cuentas. Cerró el libro con mucho reposo, se quitó las gafas, me saludó con la dulzura y natural distinción en ella habituales, y, después de mover la cabeza de un lado á otro, en la forma y con la expresión de madre decidida á condescender con el capricho de un niño mimado, empezó así:

(I) De *La Decena*, libro tan justamente alabado por todos.—(N. de la R.)

I

En verdad que era una tentación el escaparate de la tienda de juguetes.

Gente ya muy granada se detenía delante del limpio cristal para recrearse en las preciosidades tras él expuestas, con el fin de despertar la codicia de los niños.

Aquello parecía la representación de un mundo en miniatura.

Cerca del techo, prendidos artísticamente en panoplias de cartón charolado, preciosos trajes de picador de toros, de general, de coracero, de postillón francés, que, heridos por la luz de la lámpara central, difundían vivos destellos por cada una de sus cintas, de sus bordados y de sus armas. Seis ó siete jaulas de alambre dorado y caoba, vacías y acabadas de colgar sin duda alguna, se balanceaban como si aguardasen impacientes al pobre prisionero condenado á distraer con sus armoniosas quejas los ocios de un ama caprichosa. Blancos corderillos, de lana ensortijada, formaban junto á robustas vacas suizas de las que mugen con sólo ladearles la cabeza, y merced á un sencillo mecanismo, vierten pródigas el blanco licor de la vida por las pletóricas ubres. Troncos de briosos caballos tordos y alazanes, que galopan acompasadamente encima de su base de hoja de lata cuando el dueño la arrastra por el suelo... veíanse allí, cerca de una caja que guardaba el ejército del Emperador de todas las Rusias, con material de campaña, rancheros, ambulancias, pontones y fortalezas.

Otro cajoncito encerraba una quinta de labranza con ganados, pastores, perros, arbolillos de virutas verdes y rediles de seda del propio color. Casas de fieras, con el domador de rostro cejijunto y avinagrado; estuches de prestidigitación, cuadras, lavaderos, hipódromos, líneas férreas, servicios de mesa, salones diminutos, ajuares de muñecas, una orquesta completa de perros de agua dirigida por un oso con gran batuta y descomunales antiparras; y otros mil y mil

juguetes, caros é ingeniosos, cuya reseña pasaría de prolija, cautivaban la atención de chicos y grandes.

En el centro de tan lujoso escaparate giraba lentamente una columnita de bronce, eje de esbelto aparato de cristal, sobre cuyas láminas horizontales se veía colocada la más maravillosa colección de muñecas con que pudiera soñar una princesita caprichosa, y enferma por añadidura.

Como más cebo á la curiosidad del transeunte, un organillo, en el fondo de la tienda, no cesaba de tocar aires populares.

El día fué caluroso en extremo; así es que al amanecer la gente se echó á la calle, ávida de respirar á sus anchas por jardines y paseos.

Delante del escaparate inventariado, hombres, mujeres y niños se codeaban, intentando ganar la primera fila.

El afamado médico operador Soria Bermúdez, que *hacía tiempo*, como dicen los españoles netos, se acercó también, y dejándose llevar de la marea, vino á colocarse al fin en sitio preferente. Pasó revista aquel sabio, que tenía mucho de niño, á todos los juguetes mencionados, y ya se disponía á abandonar el campo, cuando hubo de fijarse en una de las muñecas.

Desde los zapatitos de piel bronceada, con artísticas hebillas de acero, hasta el grupo de plumas de color de rosa pálido con que remataba la capotilla de terciopelo, aquella figurita lucía unos arreos irreprochables; era figurín de bulto, construído según todas y cada una de las tiránicas leyes de la moda última. Pero ni la falda de terciopelo negro y raso, plegado con suma gracia, ni los finísimos encajes que la adornaban, ni la capotita sujeta con elegantes bridas que caían hasta el pecho, ni el sutil calado de las medias de seda, ni el microscópico abanico de concha que apretaba la damita con el guante de Suecia, ni toda la armonía, en fin, producida por la acertadísima combinación de tales pormenores en justas proporciones con la figura, fueron parte á borrar la displicencia que momentos antes se enseñoreaba en el cuerpo y en el espíritu del doctor. Lo fué, sí, la ligerísima expresión de fiereza retratada en los ojos de vidrio de aquel

lujosísimo juguete; ojos que parecían dos turquesas transparentes.

La muñeca, en vez de tener los párpados desmesuradamente abiertos, conforme se observa de ordinario en las de su clase, tenía los así como entornados sobre las brillantes pupilas, que miraban de través.

Cuando el aparato giratorio presentaba la muñeca de perfil, como á sus compañeras, parecía que aquélla seguía mirando de soslayo con marcado encono.

Muchas veces quiso el médico apartarse del escaparate, burlándose en sus adentros de tan extraña alucinación, y siempre aguardaba á que la muñeca diese otra vuelta para mirarla por última vez.

Seguían entre tanto los empellones, los gritos de júbilo de los niños que arrastraban á su madre hasta el pérfido cristal, para ellos barrera infranqueable del paraíso, el llanto desconsolador de alguno, arrancado en volandas de aquel lugar por un padre poco condescendiente, avaro ó pobre, y las observaciones y alabanzas de las mujeres á propósito del vestido y adorno de las muñecas.

De pronto recibió Soria Bermúdez un fuerte codazo, y una niña, como de diez á once años, que le miraba con rabia, ocupó su puesto en primer término.

La muñeca de los ojos fieros estaba á la sazón de espaldas, pero no bien dió el frente, la niña apoyó un dedo en el inmenso cristal y en incorrectísimo inglés dijo, toda medrosilla, dirigiéndose á una persona que debía de haber quedado en las últimas filas:

—Ésa... ésa es la que quiero.

Volvió el médico la cabeza y, separados un tanto del grupo compacto de curiosos, vió á un hombre y á una mujer.

Él era regordete y currutaco, con aire de perdonavidas; llevaba un sombrero calabrés, lleno de abolladuras, bajo cuyas alas se desbordaban cuatro mechones de greñas rubio-canosas, un amplio gabancillo de alpaca, brillante como un espejo á fuerza de grasa, una corbata roja de gran lazo, y pantalones rectos y anchísimos á cuadros blancos y negros, salpicados de manchas, con rodilleras y flecos en los talones.

Aquel individuo, antipático á primera vista, se balanceaba impaciente, hiriendo el suelo con la contera de un grueso roten.

En cuanto á la mujer, que tenía por tocado un sombrero comparable con un erial ahumado, tal era la colección de flores silvestres, arrugadas y sucias, prendidas sobre la paja negra de aquella esportilla, era una hermosa ruína.

Sus facciones correctas y algo sensuales llevaban impreso el sello inequívoco con que el vicio marchama la hermosura de la mujer. Había en su boca, entreabierta, marchita, de labios caídos, la expresión que precede á las náuseas. En sus ojos, que debieron haber sido hermosísimos, la blandura triste del insomnio y de la orgía. Sujetaba al hombre por un brazo, y cuando él quiso desasirse, gritó ella con furor reconcentrado y en malísimo español:

—¡Cintá... Cintá! Á ver si osté venir en seguida aquí.

Tembló la niña al escuchar aquella voz, como deben temblar los corderillos cuando sienten aullar al lobo, bajó la cabeza súbitamente, cual si presintiese un gran golpe, miró de soslayo y con infinita angustia hacia la muñeca, que iba de espaldas, y toda recelosa y replegada sobre sí misma, se u nióá la pareja descrita.

Entonces pronunció el hombre un grosero juramento, asíó brutalmente por el cuello á la tierna criatura, que ahogó un grito de terror, y alzando después la rodilla, le dió un golpe en mitad de la espalda.

Luego, ella delante sollozando, y ellos detrás cogidos del brazo, siguieron su camino, despedidos por los murmullos harto significativos de la mayoría entre los curiosos, que protestaban inútilmente de aquel acto de barbarie.

Veíalos ir el excelente Bermúdez, cuando una *victoria* de lujo vino á parar en firme delante de la tienda de juguetes. Ocupaba el coche la familia del doctor, su segunda mujer y una chicuela de ocho ó nueve años, procedente del primer matrimonio, bastante fea y peor criada, en gracia al cariño loco que su padre le tenía. Volvían de paseo, y la niña aprovechó inmediatamente el encuentro casual con su padre para pedirle juguetes.

Muy poco tiempo después, el carruaje, en el que ya iba el doctor junto á su mujer y la niña, en la bigotera, abrazada á la famosa muñeca, alcanzó á la pareja ya descrita y á la pobre chica que tanto había excitado la compasión de los curiosos.

La palabra no puede pintar la mirada que la muchacha de la calle clavó en la señorita de la *victoria*, al sorprender en sus brazos el codiciado juguete.

II

Quince días serían transcurridos desde aquel en que Soria Bermúdez presenció ó tomó parte en las escenas que acabo de describir, cuando una tarde, en el paseo público, un chico que repartía prospectos dió al médico un papelillo de color de rosa, que rezaba, poco más ó menos, esto:

«¡ATENCIÓN!!

Fashionable «Matinée».

»El viernes 17 de Agosto de 188... á las cuatro de su tarde, y á beneficio de los niños, se celebrará la gran fiesta artística.

»Trabaja la aplaudida Miss Cinta.

»Programa variadísimo: notabilidades: grandes sorpresas.

»¡No faltar al *Circo Cunningham!*»

Por tener el doctor presente el nombre que la mujer dió á la chicuela al arrancarla de la anaquelera, hubo de sorprenderle el verle estampado en el cartelito del circo, y decidió *in continenti* llevar á su hija á la función.

Dicho y hecho: antes de las cuatro de la tarde del viernes 17, la familia de Soria Bermúdez, muy compuestas y emperjiladas las hembras, ocupaba sus correspondientes sillas, en segunda fila, junto á la pista del *Circo Cunningham*.

Era el segundo día de feria, y la espaciosa tienda de campaña, en el centro del real, estaba atestada de gente dominguera, adornada con innumerables gallardetes, regada la

arena, perfumado el ambiente con *pastillas del Serrallo*, y vestidos de gran gala titiriteros y mozos de cuadra.

Rompió la murga, destrozando una polka por vía de sinfonía. Vino después el *señor Ciniselles*, presentando su caballo saltador *en libertad*. Los *hermanos Scarcetos*, enharinados, que imitaban grupos escultóricos.

Mister Allon, *jockey inglés*. El profesor *Sr. Roberto Abdum*, con una bandada de cotorras filarmónicas. *Mister Willhem Pulmer*, *jongleur DE CABALLERÍA...* y el descanso de veinte minutos.

Después de otra tocata, conspiración contra los nervios, se formó en dos filas, á los lados del portalón de la pista, la tropa multa de titiriteros.

Preludió la banda un vals, y avanzó el palafrenero trayendo del diestro una yegua pía colosal, cubierta con inmenso *panneau* bordado de lentejuelas y con la cifra de Miss Cinta. El *clown* de tanda, gritando desapaciblemente, vino muy luego, y dió seis ú ocho saltos mortales con gran limpieza. Por último, Miss Cinta, la niña del escaparate, de la mano del hombre del roten, rejuvenecido á fuerza de pintura, con frac azul y botas de montar, apareció repartiendo graciosos saludos al público, que la recibía con aplausos.

El hombre hizo estribo con ambas manos á la niña, y ésta, con la rapidez de un cohete que se escapa de entre los dedos, subió á la yegua, que salió á galope corto.

¡Pobre criatura! Siempre sonriente, adoptaba encima del *panneau* mil posturas de academia de baile; se sentaba de golpe, y de un brinco volvía á quedar sobre la punta de sus menudos pies; giraba con vertiginosa rapidez sobre los talones, dando la espalda á la cabeza del animal, le animaba con agudos gritos, le daba palmaditas en el robusto cuello ó fustazos en la culata, y jamás fluctuaba, guardando constantemente el equilibrio.

El público, entusiasmado, no cesaba de aplaudir, mientras que algunas madres compadecían á aquella tierna criatura obligada á divertir á la multitud indiferente, ejecutando rudos trabajos á la edad en que los niños reclaman caricias y juguetes.

El excelente Dr. Bermúdez, allá para sus adentros, comparaba la suerte de su hija con la de Miss Cinta, sin poder olvidar la escena del escaparate.

Llegó su turno á los aros y bandas con los colores nacionales. La yegua se puso al paso, en tanto que instalaban los taburetes donde debían encaramarse el *clown* y los otros artistas, según costumbre.

La niña, cuyo pecho se movía agitado, arregló primero su faldita de tul color de rosa, apretó las galgas de seda de una zapatilla, volvió á acariciar al noble animal y derramó por último una mirada indiferente por el circo.

Sus ojazos azules, llenos de tristeza, se fijaron con marcada insistencia en dirección á las localidades que ocupaba la familia del médico.

La música, que había descansado un instante, volvía á tocar; el *clown*, desde lo alto de su banquillo, sosteniendo en una mano el aro forrado de papeles de colores, tiraba besos á la niña y le hacía al pasar cómicas reverencias. Pero Miss Cinta había dejado de sonreír, parecía muy cansada, saltaba por encima de las cintas, y á través de los aros, con grande esfuerzo, aprovechando todos los instantes libres para mirar hacia el doctor. El hombre del roten llamaba la atención de la pequeña, y el payaso, siguiéndola con los ojos inquietos, animaba á la pobre amazona con grandes bufonadas.

Nadie podía explicarse cambio tan repentino.

La infeliz muchacha estaba cada vez más torpe. Las cintas se enredaban en sus pies; dos veces se llevó un aro bajo las rodillas, fustigó á la yegua con rabia y tuvo que asirse en una ocasión á la baticola por dar el salto corto y perder la montura.

Pasado el que pudiera llamarse *andante* de aquel ejercicio, vino el *allegro*, es decir, la carrera final después de quitar las bridas á la yegua.

El *clown*, que no había abandonado la pista, continuaba mirando en derechura á Soria Bermúdez. Por fin pudo comprender las distracciones de Miss Cinta.

Julia, la hija del médico, mecía, estrechando contra su pecho, la famosa muñeca del escaparate.

El payaso envolvía á la chica y al juguete en una mirada de odio profundo.

De pronto se escuchó un grito espantoso.

Miss Cinta, perdido el equilibrio, caía de espaldas sobre el bajo muro de la pista revestido de percalina roja.

Acudieron en su socorro el hombre del roten y los otros titiriteros, mientras el payaso fluctuaba entre seguir al grupo que sacó del circo á la amazona, perdido el conocimiento, ó permanecer en la arena. Por fin, atropellando por en medio del público que abandonaba sus asientos é invadía la pista, salió disparado hacia el doctor, se puso frente á la señora y la niña y arrebató á ésta la muñeca, corriendo después con ella hacia las cuadras.

Soria Bermúdez le siguió. Cuando le cerraban el paso invocaba su profesión, y como á mayor abundamiento era muy conocido, todos le dejaban avanzar.

A costa de grandes esfuerzos, y merced á los puños del *clown*, el médico llegó tras el gímasta delante de una puerta sobre la cual, en grandes letras de imprenta, se leía: *Miss Cinta*.

El payaso dió un puntapié á la puerta.

—No se puede—respondió dentro una voz de mujer con alterado tono.

—¿No?—aulló el *clown*, volviéndose hacia el médico como si buscase algo.

Éste, que le había comprendido, le dió inmediatamente el bastón, que, convertido en palanca por el gímasta, desquició la puerta, sujeta por dentro sólo con una aldabilla.

Lo primero que vió Bermúdez al entrar en aquel cuarto, comparable con un mal camarote de taberna marinera, fué su propia imagen reproducida en un espejo mediano, muy sucio. Delante de éste avanzaba una repisa de pino, sobre la cual, encajada en el cuello de una botella de cerveza, ardía un cabo de esperma. Allí andaba revuelta una borla de polvos con seis ó siete papelillos de arrebol, un corcho ahumado, diez ó doce tarjetas pringosas, flores de trapo, collares de grandes perlas, tan falsas como mula manchega, y mil chismecillos más, ajados, rotos y miserables. Las paredes, de

tabla de ripia, estaban forradas, casi por completo, con cartelillos de toros y anuncios del circo. El cuarto sólo podía recibir la luz del gas de los corredores por el montante de la puerta, que el *clown* volvió á encajar, cerrando el paso á los curiosos. En el rincón frontero de la derecha, con seis ó siete mantas de cuadra y un *panneau*, se había improvisado el camastro sobre el cual yacía la pobre niña, como flor tronchada por el tallo, al parecer dormida, y tan pálida como cera virgen. Reclinaba su cabecita rubia en el brazo del médico de la compañía, ocupado á la sazón en hacer aspirar á la paciente un bote de sales. Á los pies de la cama estaba el hombre del roten, cejijunto, replegado sobre sí mismo, mordiendo el puño de un látigo de montar. Detrás de él, la mujer que describí al principio de esta historia y en el mismo traje que vestía entonces.

Soria Bermúdez observó admirado el raro parecido de ésta con la muñeca de Julia.

En el camarote reinaba un silencio de muerte.

Por fin, la desdichada criatura, después de dar tres ó cuatro angustiosos suspiros, abrió los ojos, fijándolos inmediatamente en el juguete que sujetaba el payaso por un bracito. La niña estiró los suyos temblorosos hacia la codiciada muñeca, y el *clown*, por cuyas mejillas enharinadas rodaban dos gruesas lágrimas enturbiándose, se acercó á la cama con el juguete.

—Toma, hija mía—gritó con angustia infinita;—*deshácelo... sácale las tripas... véngate de esa fiera... ¡maldita sea!... véngate... pero vive, pequeña Cinta... vive. ¿Qué será de mí sin tu cariño?*

Ya iba la infeliz criatura á ver realizado su sueño, ya iba á estrechar entre sus manos el objeto de tantos afanes, cuando el payaso, que se lo alargaba, en un movimiento nervioso, apretó el oculto resorte y la muñeca dijo:

—¡Mamá, mamá!

Entonces Cinta dió un grito ahogado, abrió los ojos desmesuradamente, sus mejillas se tiñeron de púrpura, y volvió á caer sobre la almohada sin sentido, murmurando:

—¡No la rompo! ¡no la rompo! ¡Tiene mamá!

Una escena espantosa se produjo inmediatamente en el camarote. El *clown* estrelló la muñeca contra el suelo y la deshizo materialmente bajo sus pies: retrocedió en seguida hacia un rincón como tigre que se apresta para el salto, y mirando á la mujer, que estaba aterrorizada, aulló:

—¡Ahora á ti!

Los tres hombres se abalanzaron sobre el Hércules inútilmente.

Cuando la gente de fuera logró entrar en el cuarto, con luces, pues la botella se había hecho añicos en aquella lucha tremenda, encontraron una mujer estrangulada y una niña loca que repitió tenazmente en el mismo tono de las muñecas:

—¡Mamá!... ¡Mamá!

—Ésta es, amigo mío—concluyó Sor Eugenia,—la verídica historia de esa pobre joven, cuya extraña locura excitó tanto la curiosidad de usted, y á la que debe el particular afecto con que se la distingue en la casa. He cumplido mi palabra.

—Y usted, señora, ¿cómo recuerda ese drama con tal copia de pormenores?—exclamé lleno de asombro, mirando de hito en hito á la religiosa.

—Esa es otra historia... Yo también he sido una muñeca de la suerte...

—¿Usted?

—Sí; yo soy la hija del difunto Dr. Soria Bermúdez.

EL CONDE DE LAS NAVAS.





BREVE NOTICIA

DEL ESTADO DE LA LITERATURA ESPAÑOLA EN TIEMPO
DE LOS REYES CATÓLICOS

Colón, un mundo en la mano,
ante Isabel se arrodilla,
y en la de Gonzalo brilla
la espada de Garellano.

M. FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ.

En el reinado de D. Juan II se inicia para la literatura castellana un período de prosperidad, pues á aquel monarca, protector decidido de la *gaya ciencia*, gustábale tener en torno suyo quien cultivase las bellas letras, y siguiendo la inclinación del Rey, los hombres más ilustres de la corte se entregaron á estas gratas tareas, apenas se convencieron de que, sin desdoro, la misma mano que en los campos de batalla empuñaba la pesada lanza ó esgrimía la espada toledana podía, en tiempos de paz, tomar la ligera pluma para componer trovas á la belleza de su dama ó para expresar el sentimiento patriótico que animaba su espíritu. Pero estas agradables ocupaciones se interrumpieron cuando subió al trono Enrique IV, en cuyo tiempo únicamente prosperaron las luchas civiles, que sólo terminaron después que, muerto este monarca desgraciado, su hermana y sucesora la egre-

gia D.^a Isabel I empuñó las riendas del gobierno, y ayudada por su esposo, el sagaz D. Fernando de Aragón, fueron reduciendo á la obediencia la levantisca nobleza castellana, disminuyendo sus múltiples prerrogativas y mermando sus fueros, adquiridos muchos de ellos en ocasiones en que la autoridad real no había tenido fuerza bastante para que se la respetase lo que correspondía al buen régimen del Estado.

Después de esto atendieron á la buena administración de la justicia y á la reorganización civil y política de la monarquía, y siguiendo muy luego la guerra de la reconquista, que era la aspiración popular y el pensamiento más noble y más patriótico, apenas dejaron las armas hasta que consiguieron que ondease triunfante el pendón de Castilla en los adarves y torres de la última ciudad musulmana.

Consiguieron los Reyes Católicos hacer grande y poderosa la Nación bajo su gobierno, dilatados sus dominios, y abierto el paso por el mar á las desconocidas regiones de Occidente, empezó á disfrutar los beneficios que traen consigo el estudio de las letras y de las artes, la agricultura, la industria, la navegación y el comercio (1). La Reina nunca perdió de vista el proyecto de aumentar la cultura y el amor al saber en el ánimo de sus vasallos, y en cuanto las atenciones del gobierno se lo permitieron, empezó dando ella misma el ejemplo, haciendo tanto adelanto que en menos de un año, según dicen L. Marineo y otros autores contemporáneos, aprendió de tal modo el latín que podía comprender sin gran dificultad cuanto en él se hablaba ó escribía. Atendió la augusta soberana como madre solícita á la educación de sus hijos, y para su enseñanza se buscaron los maestros más competentes de la Nación y del extranjero, particularmente de Italia, donde se daba un brillante impulso al renacimiento clásico. Si grande fué el esmero que se puso para la instrucción de las Infantas, á las que se dieron conocimientos pocas veces concedidos hasta entonces á su sexo, fué mayor aún el cuidado que se desplegó para la edu-

(1) Moratín (D. Leandro), *Orígenes del teatro español*.

cación de D. Juan, el Príncipe heredero de las monarquías unidas españolas; entre sus maestros se encuentra el célebre Fr. Diego de Deza que, en unión de los más doctos varones de su tiempo, logró hacer del malogrado Príncipe un alumno tan ventajoso que causaba la admiración de los que tuvieron la dicha de tratarle.

La Reina persuadió á los castellanos de que la perfección del entendimiento no estaba reñida con los alientos del corazón, é inspirándoles el deseo de hermanar la nueva cultura con la valentía heredada de sus mayores, hizo que trasmitiesen ambas cualidades reunidas á sus descendientes. Llamáronse hombres eruditos, entre otros á Pedro Mártir de Angleria y Lucio Marineo Sículo, se abrieron escuelas para la instrucción de los jóvenes nobles, y bien pronto se vieron sus rápidos progresos. Cundió la afición á la literatura entre los magnates de todas edades aun los de más avanzada, como el Marqués de Denia, siendo, en suma, tan grande el afán por seguir las nuevas tendencias, que decía Giovio en su *Elogio de Nebrija* que *No había español que se tuviera por noble si se manifestaba indiferente hacia las letras.*

Bajo el generoso patrocinio de los Reyes Católicos florecen las Universidades españolas, y su fama, traspasando las fronteras, llega al extranjero, de donde acuden atraídos por su reputación muchos entusiastas de los nuevos estudios. Cultívase en ellas especialmente la literatura clásica, fúndanse cátedras de todos los ramos del saber que entonces se conocían y marcha á la cabeza de todas la *Nueva Atenas*, que es como llama algunas veces á la veneranda Universidad de Salamanca Pedro Mártir, que dió lección en ella durante algun tiempo. Pero antes de que concluyera el glorioso reinado de D.^a Isabel, la fama de todos los centros de enseñanza que había en España quedó, si no eclipsada, por lo menos igualada por la de Alcalá; cuya Universidad, bajo el magnífico patrocinio del célebre Cardenal Cisneros, ofrecía mayores ventajas, así para la educación eclesiástica como para la civil (1).

(1) G. H. Prescott, *Historia del reinado de los Reyes Católicos*, Madrid, 1855. Véanse los capítulos XIX y XX.

Lo que más prueba la cultura y afición á las letras de la nobleza y cortesanos de los Reyes Católicos es la colección de poesías que con el nombre de *Cancionero general* se publicó en tiempo del Emperador Carlos V; en él se encuentran nombres ilustres que supieron entrelazar el laurel de Apolo con el de Marte, y examinando esta colección ó cancionero se observará que las musas prescinden de jerarquías sociales, pues al lado de los nombres de magnates se hallan los de gente del pueblo, figurando, entre otros, Anton de Montoro, llamado el Roperero, por el oficio que tenía; Juan Poeta, de raza judía como el anterior, Gabriel el Músico, maese Juan el Trepador, Martín Tañedor, su hermano Diego y otros muchos á quienes el cultivo de la poesía puso en comunicación con los más ilustres próceres (1). Sus versos, por lo común, son libres en el lenguaje, irrespetuosos cuando satíricos, á veces ingeniosos y agudos, y casi siempre licenciosos y desvergonzados.

Dejando á un lado todas estas consideraciones que pueden servir como preliminares, debe entrarse de lleno en el asunto propuesto, presentando los autores que más se distinguieron durante el glorioso gobierno de los Reyes Católicos. Pero como es punto poco menos que imposible adaptar las divisiones de la historia de la literatura á las que se hacen de la historia política de un pueblo determinado, claro es que tienen que incluirse en este período algunos autores que nacieron y se distinguieron en los reinados de Juan II y Enrique IV, y por la misma razón, tienen tambien cabida en él otros ingenios que lograron alcanzar los días de prosperidad que dió á la nación española el ínclito Carlos V.

De la célebre familia de los Manriques, que como guerreros, políticos y poetas se distinguieron ya en tiempo de Juan II sólo mencionaré á Gómez Manrique (2), que alcanzó los tres reinados. De él debe citarse un poema dirigido á los Reyes Católicos, compuesto hacia 1475, ó acaso después;

(1) Clemencín, *Elogio de la Reina Católica doña Isabel*, ilustración XVI, Madrid, imprenta de Sancha, año 1821

(2) Sus poesías están en el *Cancionero general* de 1573, folios 57, 77 y 243.

es alegórico y en él presenta el autor las *Siete Virtudes*, que vienen á ofrecer á los monarcas consejos para el buen gobierno de sus Estados (1).

Jorge Manrique, que es el último de esta familia, es el que ocupa un puesto más saliente entre los escritores españoles. Su obra más célebre son las *Coplas* á la muerte de su padre Rodrigo, Conde de Paredes. Esta composición es una sencilla elegía en que el autor revela que ha experimentado una gran pérdida y que está poseído de una tristeza que le hace mirar con hastío las cosas de la vida, expresado todo de un modo bellísimo «en unas trovas muy elegantes, en que hay virtudes poéticas y ricos esmaltes de ingenio y sentencias graves á manera de endecha, (2).

Estas coplas se publicaron por vez primera en 1492, y luego, ya en cancioneros, ya sueltas, se han impreso gran número de veces; han sido traducidas al inglés por H. W. Longfellow (publicadas en Boston en 1833, 12°); también las han imitado varios poetas, entre otros el célebre Camoens, según refiere Lope de Vega, que era tan entusiasta admirador de Jorge Manrique que decía que debían escribirse estas coplas en letras de oro. Aunque no se haya cumplido este deseo del Fénix de los ingenios, la elegía de Jorge Manrique ha inmortalizado su nombre; porque el sentimiento que la inspira halla eco en todos los corazones, siendo grato y popular en todas las edades, y si los pensamientos filosóficos, morales y religiosos en que abunda se hallan expresados con tanta sencillez y naturalidad como delicadeza y gracia, no brilla menos por las bellezas del lenguaje y por la ternura y fluidez de su versificación, prendas que han bastado á designar en el Parnaso castellano con el nombre de su autor la combinación métrica en que se hallan escritas.

Condiscípulo de los Manriques, en la escuela de Juan de

(1) Este poema, que es alegórico, tiene poca originalidad, siendo escaso su artificio, pues el autor se reduce á reproducir en el más de la mitad de otro poema de índole análoga que algunos años antes había escrito á la muerte de su tío el Marqués de Santillana, y en el cual aparecen las Siete Virtudes, la Poesía y el autor mismo lamentando la pérdida del difunto Marqués.

(2) Mariana, *Historia general de España*, libro XXIV, cap. 14.

Mena y Santillana, fué Pero Guillén, de Segovia (1), cuya cuna es dudosa por la vaguedad con que le mencionan los documentos de la época, llamándole unas veces de Sevilla y otras de Segovia; pero según se deduce de un decir suyo á D. Alfonso Carrillo, Arzobispo de Toledo, en que le manifiesta pregunte por Pero Guillén, de Pedraza allende la Sierra, ésta parece ser su tierra, por hallarse cerca de Segovia. Aunque en la juventud gozó de una posición desahogada, la mala fortuna le redujo á la pobreza, y buscó la protección del Arzobispo de Toledo, del que fué contador. No abandonó el cultivo de las musas, sino que continuó, ya sosteniendo lides con otros trovadores de la época, ya terminando ciertas obras de sus maestros y componiendo, aunque pocas, algunas obras críticas, morales y religiosas que le proporcionaron grata acogida en la corte y un puesto entre los primeros poetas de su tiempo.

Entre sus composiciones merecen preferente lugar las religiosas y morales, y entre todas, los «Salmos de los doce estados del mundo», los «Decires al día del Juicio y á la Pobreza»; no deben tampoco olvidarse el dirigido al Arzobispo de Toledo, sobre la caída de su estado, y el que tituló «Al Rey D. Enrique cuando, exaltado en el trono, hizo paces con Aragón y Navarra». En todas estas composiciones hace gala de la erudición especial que caracterizaba á los vates de su época. Mostrándose más enérgico en los «Salmos penitenciales», que se pueden considerar como un ensayo de la poesía sagrada, que tan alto vuelo había de alcanzar más tarde con el inmortal Fr. Luis de León y el divino Herrera.

También compuso Pero Guillén en los primeros años del reinado de D.^a Isabel, la *Gaya de Segovia* ó silva de consonantes, que agregó á una especie de arte poética castellana

(1) Llamado el Trovador; le cita con entusiasmo D. Ramón de Cabrera en las notas puestas á la *Historia de Segovia* por Colmenares el día 3 de Agosto de 1780, y se lamenta de que no se hayan hecho diligencias para adquirir datos sobre su vida. Baeza, en sus *Apuntes biográficos de escritores segovianos*, de donde tomo esta noticia, dice que hizo pesquisas infructuosas sobre este particular. Hablan de tan ilustre poeta segoviano Clemencín en su *Elogio de la Reina Católica* y el erudito Sr. La Barrera en su renombrado *Catálogo del teatro español*.

que dedicó al Arzobispo Carrillo, su protector; con esta obra aspiraba su autor á servir de guía á los que desearan la plática de la gaya ciencia, para hácersela así más familiar.

Otro de los poetas más aplaudidos en su tiempo fué el madrileño Juan Alvarez Gato, acerca de cuya cuna corren distintas versiones; pero sea de ello lo que quiera, obtuvo gran estimación como poeta en la corte de Enrique IV, que logró aumentar en la de su sucesora, conservándola hasta los últimos días de su vida. Sus obras se pueden dividir en dos grupos: primero, las poesías de su juventud, que son amorosas, las preguntas y respuestas á varios ingenios que le distinguieron con su afecto, y segundo, las obras de devoción que compuso en los últimos años de su existencia, pretendiendo con piadosos versos borrar el recuerdo de los extravíos juveniles.

Gran celebridad alcanzó también en tiempo de los Reyes Católicos Fr. Íñigo López de Mendoza, cuyo origen y patria se desconocen hasta la fecha; pero se sabe que siendo joven entró en la religión franciscana, continuando, no obstante su entrada, en el palacio de los Reyes, á los que escribía dándoles consejos poéticamente. Sus obras son por lo general didácticas ó religiosas y siempre con tendencia á corregir los vicios de la sociedad de su época. Esto le proporcionó alabanzas de los monarcas y de algunos magnates y poetas; pero la maledicencia palaciega y la sátira de varios trovadores le echaba en cara su demasiada afición á visitar los alcázares y á los galanteos, diciéndole que olvidaba los deberes de religioso. Las principales composiciones de fray Íñigo son el *Dechado de la Reina Isabel*, el *Dictado en vituperio de las malas mujeres y alabanza de las buenas*, que le dió gran fama y es una sátira contra la licencia de las damas de la corte. Pero la obra en que puso todo su empeño y que dejó sin concluir es la *Vida de Nuestro Señor Jesu-Cristo*; la escribió en variedad de formas y metros, y está llena de romances é himnos dignos de aprecio y con los que pretendió dar gran variedad al poema, que no pasa de la degollación de los inocentes, según puede verse en los códices más antiguos.

Otro insigne poeta es el sevillano Fr. Juan de Padilla,

llamado *el Cartujano* por haber sido monje de la Cartuja de Santa María de las Cuevas (en Sevilla); antes de entrar en ella escribió un poema titulado *El laberinto del Duque de Cádiz* (1). Era el Cartujano un varón muy erudito, que compuso después el *Retablo de la vida de Cristo*, poema en octavas de arte mayor, y que no es otra cosa que la historia del Redentor según los profetas y evangelistas, composición muy devota, pero pesada su lectura por estar mezclada con oraciones, sermones y exhortaciones; escribió también otro poema, *Los doce triunfos de los doce apóstoles*, que tiene grandes dimensiones y en el que el autor toma por modelo al Dante, á quien ya antes había imitado Juan de Mena, y da á su obra la forma alegórica de la *Divina Comedia*, sirviéndole de guía San Pablo, que le lleva á diversos lugares del cielo, de la tierra y del infierno, hasta Jerusalén, donde se separan. La poesía no se encuentra en esta composición, siendo digna de aprecio por su buen estilo, pues por lo demás el poema resulta pesado y frío como todos los de su clase, por estar lleno de imitaciones clásicas, en particular de la *Eneida*, abundando aún más la imitación y aun traducciones que hace de la gran epopeya dantesca.

Pero el poeta más importante de este reinado es sin duda alguna el salmantino Juan de la Encina, que nació el 1469, estudió en la célebre Universidad de su ciudad natal, y luego pasó al servicio del Duque de Alba, que había heredado de sus padres la afición á las letras y á sus cultivadores. Protegido por su señor, D. Fadrique de Toledo, pasó Juan de la Encina á la Ciudad Eterna, con objeto de ampliar sus estudios, mereciendo por sus grandes conocimientos musicales que el Papa León X le nombrara maestro de capilla, obteniendo luego el priorato de León. Escribió casi todas sus poesías durante su primera permanencia en España, distinguiéndose Encina como poeta erudito, entre los partidarios de la escuela alegórica, y como tal publicó el *Triunfo del*

(1) Acerca de este poeta puede consultarse, entre otros autores, á Ticknor. *Historia de la literatura española*, traducida por Gayangos y Vedia.—Madrid, 1851, tomo I, cap. 2.

Amor, el *Testamento de amores*, la *Concepción de amores*, la *Justa de amores*, el *Triunfo de la Fama* y la *Gloria de Castilla* que es sin duda la más importante de las que compuso bajo, este concepto.

En el *Triunfo del Amor* sigue en un todo al Dante, llegándole á imitar con bastante provecho. Pero más se le acerca aún en el *Triunfo de la Fama*, dirigido y aplicado en honor de los Reyes Católicos, proponiéndose celebrar algunas hazañas dignas de perdurable memoria, contando desde que comenzaron su reinado hasta la toma de Granada.

Pero donde se mostró verdaderamente poeta fué en las composiciones serias y religiosas, donde se ve que adelanta la versificación y el estilo se hace sencillo y aun en ocasión elegante.

Podría citar algunos poetas que, ya de menos importancia, siguen las huellas de los anteriores ingenios, mereciendo recordarse Diego Guillén de Ávila, autor de un *Panegírico* en honor de los Reyes Católicos; Garci-Sánchez de Badajoz, Rodrigo de Cota, Juan de Rivera y otros varios, como Alonso Ortiz, canónigo de Toledo (1), que es autor de dos pequeños tratados de estilo oratorio; en el primero se propone consolar á la Princesa de Portugal por la muerte de su esposo, y en el segundo manifestar á los Reyes Católicos su alegría por la conquista de Granada y por la expulsión de los judíos; le publicó en 1492.

Diego de San Pedro, decurión de Valladolid, y que gozó de alguna consideración en la corte de Fernando é Isabel, escribió un poema titulado *El desprecio de la fortuna* y una fábula en prosa, *La cárcel de amor*, que es en gran parte alegórica; su estilo es enérgico y vigoroso, aunque lleno de aforismos y antítesis, descubriendo poco ingenio en toda la fábula; pero aun así fué muy popular en su tiempo. El autor, en los últimos años, se arrepintió de los excesos y locuras de su juventud, entre los que él contaba el haber escrito esa fábula á que debe su renombre. En los cancioneros de la época se encuentran muchas poesías suyas.

(1) Véase Ticknor, obra y lugar citados.

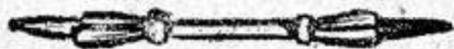
Fuera de Castilla, seguía cultivándose la poesía sin decaer, aunque sin hacer grandes progresos. En Aragón, una familia insigne, los hijos del primer Conde de Aranda, Miguel y Pedro de Urrea, ambos se dedicaron al cultivo de las letras. Pedro Manuel de Urrea es el que alcanzó la palma entre los demás ingenios de su país en el período de que tratamos, por ser él solo el que estaba dotado de un talento verdaderamente poético.

Sus poesías son parte sagradas y parte profanas; por algunas de ellas se vislumbra que debió conocer los buenos modelos italianos; pero, en cambio, en otras se nota sola la influencia nacional. Á la edad de veinticinco años reunió sus poesías y se las dedicó á su madre, publicándolas en Logroño el año 1513 con este título: *Cancionero de las obras de D. Pedro Manuel de Urrea*, siendo una de las colecciones poéticas más preciosas que nos legó el siglo XV.

Fijándose un poco en la índole de todas las composiciones anteriormente citadas, se observará desde luego que los poetas de este período no se inspiran en los gloriosos hechos del reinado en que florecieron; no consiguen animar su numen ni el feliz término de la reconquista del patrio suelo, ni las grandes proezas que en territorio italiano hicieran las huestes capitaneadas por el célebre Gonzalo de Córdoba, ni el descubrimiento de nuevas tierras, que bien pronto cambiaría la faz del mundo hasta entonces conocido; nada de esto consigue hacerles pulsar la lira, pues dominados por el afán de imitar al Dante y Petrarca é influídos por la tendencia provenzal, sólo miraban con entusiasmo el rápido desenvolvimiento que el renacimiento iba logrando en la Península.

GABRIEL MARÍA VERGARA Y MARTÍN.

(Concluirá.)





LA VERDAD DEMOSTRADA

(Continuación.) (1)

La comisión, como sucede tantas veces, apenas dió señales de vida más que por parte de aquellos individuos pertenecientes al cuerpo de Telégrafos, quienes redactaron luminosos trabajos, de los que resultaba verse que hay falta de aparatos, dada la importancia de la red neumática. Todo resulta imperfecto y muy inferior al material que tienen Londres, Viena, París y Berlín, y de que se carece en Madrid. Los locales donde están instaladas las estaciones corresponden al material que en ellos se encuentra. No es necesario detallar defectos.

Porque ¿quién no ha tenido que pisar alguna estación telegráfica, que pagar algún telegrama, que sufrir las consecuencias del retraso de su noticia, de algún error y de otros desengaños del servicio de comunicaciones, que una mala política con sus caprichos hace que sea detestable el servicio público que da nuestra Administración?

La Revolución (y ahora comprendemos bajo esta denominación cuantos cambios administrativos se han hecho desde

(1) Véase la página 579 de este tomo.

las memorables Cortes de Cádiz), la Revolución, decimos, no encontró bueno nada de lo existente; por inexperiencia, los novadores no supieron reformar aprovechando; se creyó que podía prescindirse del medio ambiente social español al querer traer á este suelo plantas que se daban bien en Inglaterra ó en Francia; se cometió el absurdo de incalculables consecuencias al prescindir de la historia patria. De una parte los entusiasmos verdaderamente desinteresados, de otra los apasionamientos egoístas, dieron al traste con mucho apreciable que tenía la organización de nuestra administración pública, de las regiones, cuya permanencia hubiera sido conveniente siempre conservar, puesto que por ellas se conseguía la unidad nacional y se conservaba restringida provechosamente la absorción que causa el abuso de la centralización, nada se respetó, y prueba de ello es que en los proyectos de reformas, que tuvieron en el Ministerio de la Gobernación un Escosura, un Moret ó un Silvela, se les ve con tendencias á rehabilitar á la moderna lo que de la antigüedad debió estar siempre respetado.

Así las cosas, no ha de parecer extraño que nuestros presupuestos parlamentarios no hayan respondido al fin para que fueron creados, como puede verse sin más que comparar el presupuesto de 1845 con el de 1895.

Y como los precedentes que tiene establecidos el Ministerio de la Gobernación son malos, malo ha tenido que ser el desarrollo dado al presupuesto formado para la *Comisión de reformas sociales*. En este presupuesto podían aplicarse á sus gastos unas 200.000 pesetas, y resulta del presupuesto de 1894-95 que habrá gastado unas 4.000 pesetas y que no se ha hecho más trabajo que el índice de estadística.

Es decir, que la Administración pública, aun en aquello que está considerado tan palpitante como es la cuestión de reformas sociales, apenas presta atención. Y conste que no queremos dejar á salvo la parte de responsabilidad que pueda caber á aquellos senadores y diputados que forman parte de la Comisión de reformas sociales.

En la discusión del presupuesto del Ministerio de la Gobernación puso de manifiesto el diputado López Oyarzábal

lo que se gasta en otros países para mantener en buen estado los servicios de Correos y Telégrafos, siendo sus déficits los siguientes:

Estados Unidos, 19.540.000 pesetas.

Canadá, 3.810.000 íd.

Japón, 2.982.000 íd.

Bulgaria, 862.000 íd.

Chile, 860.000 íd.

Portugal, 159.000 íd.

Nosotros no tomamos ejemplo de esos déficits de tales países; tampoco le tomamos de aquellos otros que su buena administración evita déficits. Eso sí, no será por falta de alteraciones en el servicio, ni tampoco por dejar de ser mezquinos en la dotación del personal, ni por vivir cuidadosos al oír las quejas que tiene que dar á diario el público, que paga y está mal servido.

Otro punto importante es la pugna que existe entre Gobernación y Fomento. Nos referimos ahora al modo como se cumple el art. 33 de la ley de 3 de Junio de 1855 para el transporte por los ferrocarriles del correo, que fué reproducido en la ley de ferrocarriles de 23 de Noviembre de 1879, pensamiento que resulta desarrollado por el art. 39 de la instrucción para el cumplimiento de la otra ley de 15 de Febrero de 1866.

Pues con tanta legislación á favor del servicio de Correos, la Dirección de éstos ha tropezado con obstáculos, algunos hasta insuperables, por faltar al respeto á la ley el Ministerio de Fomento.

Dándose el caso, como se ha mantenido la verdad del hecho ante la Representación nacional, de que esté sin decretarse, como es urgente, la reforma de los itinerarios postales, reforma qua ha estado sobre el tapete una y muchas veces en la Dirección general de Correos y Telégrafos, que sobre esto se ha escrito mucho importante, y aunque algo se ha organizado de acuerdo con las Compañías férreas, que ha visto la luz pública en la *Gaceta*, sin embargo, es de notar que una Real orden del Ministerio de Fomento, dictada á propuesta de la Dirección de Obras públicas, paralizó no

poco los efectos de la reforma de Gobernación, poniéndola en cierto modo el veto.

En el año 1893, el 25 de Agosto se publicó un Real decreto, cuyo art. 6.º aparece incumplimentado, y los itinerarios están por llevarse á la perfección, cual conviene á la Administración pública, ya que impone al público su servicio, tomando carácter de monopolio, que como tal da relieve al abuso. Y un ciudadano, adornado con la ley del Jurado, provisto de la que otorga el sufragio universal, con plena conciencia de su derecho, quiere ejercitarlo, busca remedio al mal, quiere sacudir la opresión que le perjudica, anhela reformas administrativas que favorezcan el presupuesto del Estado; mas se encuentra con que lo que quiere plantear el Ministerio de la Gobernación en bien general se opone á su planteamiento el Ministerio de Fomento, resultando preferido el interés particular.

Parece, pues, que pugnan los intereses de ambos Ministerios. Y ocurre una cosa peor: que el Ministerio llamado de Fomento es el que resulta con su conducta contradiciendo lo que significa su representación. Porque fomentar no es impedir la creación de itinerarios, restringirlos, hacerlos de pago cuando se tiene derecho por el Estado á que el servicio se haga gratuito por los ferrocarriles. Y constante es el clamoreo que se levanta sobre la hora de llegada de los correos y la hora de salida, que retrasa al comercio el servicio postal, con menoscabo de la actividad y pérdida de intereses.

Cuando ocurre que existe desacuerdo entre los intereses que representa un Ministerio y los que representa otro; cuando se da el caso de que el Ministerio técnico resulta defendiendo los intereses generales de peor manera que el Ministerio político; cuando se pide el remedio uno y otro día inútilmente, cabe sospechar que, si no todos, la mayor parte de los casos que se señalan de mala administración sean una verdad, y una verdad de tantos perjuicios como los que se enumeran. Por eso, cuando el Sr. Pedregal se fijó en los gastos llamados reservados, por cuyo carácter quedan encasillados como ilegislables, debiendo ser toda materia de presupuesto legislable, la crítica está fundada, la censura tiene que

ser inevitable y la oposición al capítulo del presupuesto está hecha perfectamente en derecho constitucional y parlamentario.

Por eso el argumento es contundente. «Nos encontramos, »decía Pedregal, con gastos que se hacen, pero de los cuales no es posible hablar, y aquello de que no se puede hablar no debe venir en el presupuesto».

El argumento es contundente por estas palabras, y lo es además por los números siguientes:

	Personal.	Material.
	—	—
Correos.....	1.846.000	127.000
Telégrafos.....	5.329.000	236.000
Subsecretaría y Administración local.....	470.000	208.000

¡Aquí sí que ostenta su fastuosidad la burguesía!

Con motivo del contraste que presentan las partidas de material, con las de personal, es lícito pensar en el mal papel que hace el Ministerio de Fomento cuando el de Gobernación le pide, sin ser contestado satisfactoriamente, que se ocupe más de facilitar los medios de comunicación, para que sea hecho con mayor perfección el servicio de Correos.

Hablando de contrastes, lo presenta desfavorable para la Administración pública que no exista la debida proporcionalidad, en el ramo de seguridad pública, entre la que tiene Madrid según los presupuestos y la que está repartida en las 48 provincias restantes; de donde puede asaltar la sospecha de que en Madrid la proporción de delitos sea mayor comparada con los que se cometan en las otras provincias.

Afortunadamente, parece que convienen en que esto no es así los Sres. Cos-Gayón, Capdepón y Azcárate. Mas no llega su acuerdo hasta el punto de conseguirse que rija la ley de proporcionalidad, estableciéndola por habitante, para tener con arreglo á esa proporción el número de agentes de seguridad y de guardias civiles. ¡Fenómenos gubernamentales!...

Fenómeno gubernamental es, aunque con distinto carácter, aquella enmienda republicana hecha al presupuesto por

la que se pidió que las 425.000 pesetas de gastos reservados quedasen reducidas á la mitad. Pues si, como los mismos republicanos han sostenido, lo que no pueda ser materia de inspección en los presupuestos no puede ser legible, y los gastos que no pueda exigirse su justificación son ilegibles, que es tanto como decir que dentro del régimen parlamentario no cabe consentir que suceda esto, dicho se está que aquí se incurre en contradicción; tanto más innecesaria, cuanto que se dan casos, muy honrosos, de no haberse dispuesto de ninguna cantidad para hacer pagos de gastos reservados; casos que son el de los Ministros de la Gobernación Infante, Nocedal y Pi y Margall en el período de tiempo comprendido desde el año 1841 á 1873; asegurándose que en los últimos años también estuvo propicio á la supresión el Ministro de la Gobernación González, cuando le fué pedida desde la Comisión de Presupuestos.

La economía de que se trata sí merece estudiarse; basta para convencerse de ello saber que están sin pagar derechos reconocidos á pensión de las viudas y huérfanos de los médicos y farmacéuticos muertos en época de epidemia. Con esto se falta á la ley, pero sabemos que desgraciadamente es lo corriente. Ya hemos visto con qué desorden se entienden los Ministerios de Fomento y de Gobernación sobre la conducción gratis de la correspondencia por las empresas de ferrocarriles, con arreglo á las leyes de 1855, 1868 y 1877. Se hacen cargos, que no son contestados satisfactoriamente, sobre el aprovechamiento de 70 coches-correos construídos en los talleres de San Andrés de Palomar. La lucha de intereses entorpece para llegar á conseguir una buena organización en el presupuesto de la Gobernación, faltándose abiertamente á lo legislado.

II

FOMENTO

Contraste resulta al pasar del estudio del presupuesto del Ministerio de la Gobernación al de Fomento. Y una nota característica se presenta. El primero, para seguir las huellas

que traza es más fácil que el segundo, donde los números, si bien es cierto responden á la exactitud matemática, responden únicamente con arreglo al problema planteado. El mismo tecnicismo puede dar lugar á casos laberínticos donde sea imposible llegar á ver el sol de la verdad. Por ese tecnicismo la cuestión puede revestirse con las mallas del amor propio de compañerismo. Y habiendo mucha sabiduría, pudiese faltar experiencia ó carecer de una buena administración que haga viable esa sabiduría.

Cárdenas, Álvarez Capra, Groizard se han ocupado del ramo de Instrucción pública. El primero ha solicitado del Parlamento que, teniendo en cuenta «las necesidades de la enseñanza y de organizar convenientemente los servicios afectos á ella, quede suprimido desde 1.º de Julio 1895 el actual Ministerio de Fomento y reemplazado, con arreglo al decreto de 7 de Mayo 1887, por dos Ministerios de nueva creación que se denominarán: Ministerio de Instrucción pública y Bellas Artes y Ministerio de Obras públicas y de Agricultura, Industria y Comercio».

La reforma pedida es radical y entraña gravedad por lo que pudiese afectar al presupuesto de gastos; lo que éstos aumentasen, imponiéndose el orden económico como una faz de la cuestión que no puede desdeñarse ni mucho menos. Ahora sí, no por esto encontramos conforme á la realidad que pueda decirse que en estos momentos sea tan triste la situación del Tesoro y tan crítico el estado económico del país; este, que vienen creándose en él de día en día más intereses, que si el Ministerio de Fomento quisiese cumplir con su misión (y pudiese también) secundaría las iniciativas, ampararía las perseverancias y facilitaría al trabajo y sus frutos los estímulos y las recompensas de que es merecedor.

Cuando el Estado ha podido ver que se creaban cuantiosos intereses vinícolas, debió estudiar la manera de mantenerles abiertos mercados; cuando vió que se ponían en cultivo para viñedo tierras que no fueron nunca, ni lo serán jamás, adecuadas para plantación de viña, debió dar la voz de alerta (y esto cae dentro de la misión del Ministerio de Fomento). Mas en lugar de esto se han halagado otras pasio-

nes, que la concentración de fuerzas las hace más fuertes para imponer sus egoísmos.

El agricultor vive diseminado, el fabricante vive concentrados sus intereses, los que por lo mismo hieren más á la vista sobre las masas obreras, que tienen á su vez gran concentración de intereses y de necesidades.

En medio de todo, es de esperar que no resulte ilusorio el resultado que se obtenga de la discusión actual de los presupuestos.

El Sr. Cárdenas afirma que por los años 1879 á 1880 resultaba lo siguiente:

	<u>Pesetas.</u>
Matrículas universitarias..	849.000
Títulos académicos.....	1.600.000
	<hr/>
	2.449.000
	<hr/>

contra 2.600.000 de gastos, los que en el año 1894 han sido 3.052.000, si bien en parte quedan compensados con el aumento de matrícula que tuvo lugar en el año 1880.

Éste es el resultado obtenido de desamortizar los bienes que poseían las Universidades, cuyos bienes debió ceñirse únicamente el Estado á ejercer sobre ellos una severa inspección para que estuviesen bien administrados; pero de modo alguno debió cometerse el absurdo de arrojarlos por la ventana, que no otra cosa fué la desatentada desamortización, dirigida por la pasión política y explotada inmoralmente por negociantes con traje de santones, quienes han dejado por sí ó por sus sucesores sin recursos la enseñanza primaria, mientras se ve que hay dinero para corridas de toros, juegos de pelota, funciones teatrales infecciosas y tantos escándalos como se enumeran, que, aun siendo muchos, parece que con ellos está familiarizada la sociedad y no puede vivirse más que tolerándolos el Estado.

¡La enseñanza! sigue respetada la ley del año 1857, de que fué autor el Sr. Moyano, y cuando se intenta hoy sustituirla, cuantos ensayos se llevan á la práctica son otros tan-

tos fracasos, por no estar pensada la reforma con arreglo al medio ambiente donde ha de implantarse.

El presupuesto de Fomento viene aumentando en los últimos años, á pesar de la tiranía con que se han querido realizar las economías.

Año económico de 1893-94, importa 76 millones.

Idem 94-95, 82 millones.

Idem 95-96, 85 millones.

De este aumento no participó la enseñanza pública. Y no será porque haya dejado de abusarse de las transferencias, pues distribuyéndose el presupuesto del Ministerio de Fomento en veintidós conceptos, pudiéndose arreglar las cosas de modo (mal modo, por supuesto) que sirviese la cantidad presupuestada solo para un solo concepto, sin embargo, no se señala un caso de haber tenido condescendencia con el ramo de Instrucción pública; de lo que atestiguan tristemente aquellos maestros de primeras letras que tan mal viven, hambrientos.

Como dato importante interesa consignar que España gasta actualmente para atender á las escuelas públicas:

En personal, 20.108.000 pesetas.

En material, 5.888.000 pesetas.

Siendo el promedio del gasto anual de cada escuela 1.035 pesetas.

El número de escuelas públicas es de 25.115.

Idem privadas, 5.920.

Para una población de 17.667.000 habitantes, de la que la asistencia á esas escuelas ha sido 1.104.000 á las primeras y 251.000 á las segundas.

Resultando el promedio de 569 habitantes por cada escuela, 43 alumnos por íd., un alumno por cada 13 habitantes.

Para el perfeccionamiento del presupuesto de Instrucción pública son también interesantes estos otros datos.

Siendo el promedio del gasto anual por cada escuela de 1.035 pesetas, sin embargo, resultan estas grandes diferencias:

En Cádiz el gasto es de 2.666 pesetas.

En Madrid, 2.461 íd.

En Sevilla, 2.054 íd.

En Burgos, 655 íd.

En Guadalajara, 574 íd.

En Álava, 607 íd.

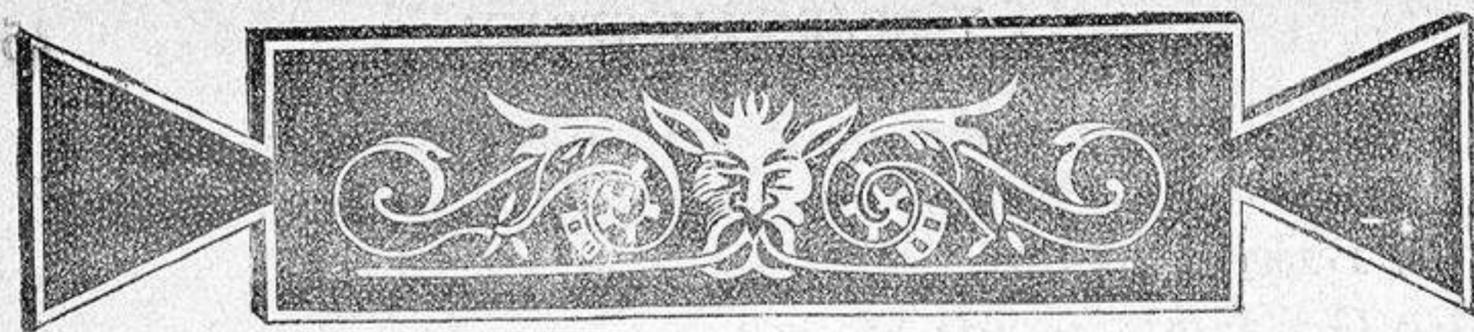
En León, 297 íd.

Quedando así demostrado una vez más cuánto influye una buena organización administrativa. Pues aun cuando sea cosa sabida que varía el costo de la vida, siendo distinta en una provincia á la de otra, siempre resultará que no puede estar justificada tanta diferencia, con mayor motivo si se tiene presente que sujetos á una unidad en toda España están los sueldos de los empleados públicos. Pero pasa mucho de lo que es más usual de lo que fuese de desear. Que no se tiene el mayor cuidado en organizar la retribución de los servicios. De ahí que se vea frecuentemente una administración particular, como una administración del Estado, en situación próspera, mientras que otras administraciones con los mismos elementos de vida arrastran una existencia efímera, por falta de cuidado en su manejo, de competencia y por otros muchos defectos.

ANSELMO FUENTES.

(Continuará.)





AL SIGLO XIX

¡Cuántas veces, oh siglo soberano,
Quise cantarte! ¡Pero siempre en vano!
Al querer, arrogante,
Escalar la montaña de tu ciencia,
Siempre mi inteligencia
Cayó á tus pies rendida y jadeante.
Cuando quise, agotando mi energía,
En tu gloria clavar el pensamiento,
Sufrió mi fantasía
Ese deslumbramiento
Que sufre el mundo cuando estalla el día.
Si evoqué, osadamente,
Á tus hijos ya muertos... é inmortales,
Calló mi voz y enmudeció mi mente
Al ver ante mis ojos, de repente,
Puestas en pie sus sombras colosales.
La estrofa á tus grandezas consagrada
Siempre, sin ser oída, quedó ahogada
Por tu terrible voz atronadora,
¡Voz que doquiera y sin cesar se escucha
Sin saberse si ruge ó trina ó llora,
Si es cántico de aurora,
Coro de llantos ó fragor de lucha!

Pero hoy quiero otra vez, tenaz y osado,
 Realizar mi deseo,
 Jamás cumplido y siempre acariciado.
 Nuevamente escalar quiere el pigmeo
 ¡Oh gigantesco siglo! tu pasado.
 Y hoy ha de ser, pues desde el alma veo
 Que de mi terco afán te compadeces,
 Que me brindas tu luz, tu poderío,
 Que, cual una visión del desvarío,
 Despliegas tu hermosura ¡y me la ofreces!

.....
 ¡Cuán grandioso espectáculo, Dios mío!

—

Por doquiera ciudades fulgurantes,
 Ciclópeos puentes, poderosas prensas,
 Minas profundas, émbolos vibrantes,
 Negros talleres, fábricas inmensas;
 Voltaicas luces, máquinas cansadas,
 Eléctricas corrientes,
 Voces por los fonógrafos lanzadas;
 Meditabundas frentes
 A los grandes arcanos asomadas.
 Confusas multitudes que disputan
 En hirviente tumulto indescriptible;
 Microscopios que escrutan
 La vasta inmensidad de lo invisible;
 Allí el túnel sombrío,
 Y el dique hercúleo con que lucha el río;
 Bajo el agua insondable,
 La palabra volando por el cable;
 En la diáfana altura confundidos
 Jirones de vapor y ondas de incienso;
 Telescopios al cielo dirigidos
 Acechando á los astros encendidos
 Y espiando los dramas de lo inmenso.
 Vendas caídas, simas exploradas,
 Rotos arcanos, sombras desgarradas...
 Para que así, bajo tu santo imperio,

Beba el alma la lumbre creadora
 Que le envía la aurora
 Por todos esos claros del misterio.
 Barcos que cruzan por el mar profundo,
 Negros trenes dispersos por el mundo,
 Que atraviesan en todas direcciones,
 Ya haciendo estremecer con sus silbidos
 Los momias de los regios Faraones
 En sus mohosos féretros, dormidos,
 Ya en el indiano suelo,
 En su carrera que jamás desmaya,
 Triunfantes saludando al Himalaya...
 Que dispara sus cúspides al cielo.

—

Aquí, soñando sojuzgar la tierra,
 El gran Moltke, vidente de la guerra.
 Encendida su antorcha soberana,
 Tardieu penetra en la razón humana
 A estudiar su desastre, la demencia,
 Y explora el roto seno del abismo,
 Y la horrible catástrofe presencia,
 Y le narra á la ciencia,
 Estrago por estrago, el cataclismo!
 Allí el trágico espectro del coloso
 Que aún teme á España y á la Europa asusta.
 Allá Darwin, Berzelius, Koch, Lombroso...
 ¡Piña de luz! ¡Constelación augusta!
 Todos sintiendo tu fulgúreo beso
 En mitad de la santa inteligencia,
 Todos rendidos del saber al peso,
 Todos ébrios de ciencia
 En esta inmensa orgía del progreso!

.....

—

¿Y la santa, y la excelsa poesía?
 ¿Tu ciencia la mató? Blasfemia impía.
 Inspiración suprema
 Á Goethe dicta su inmortal poema.

Forja Byron sus cantos gigantes,
Que tienen, como el astro, centelleos.
Como la noche trágico y profundo,
Enlutado su genio soberano,
Leopardi canta el sufrimiento humano
Con estrofas de cisne moribundo.
Sus tristes rimas Bécquer balbucea;
Mago de la palabra y de la idea,
Víctor Hugo, á la vez, como un sol brilla,
Como una tempestad relampaguea;
Y en los benditos campos de Castilla,
Cual sus himnos el pájaro, Zorrilla
Sus leyendas románticas gorjea.

—
Mas ¡ay! bajo tus pérfidos inventos,
Envenenando tu gloriosa vida,
Detrás de tus grandezas y portentos,
La serpiente ¡la duda! está escondida.
Y con traidoras calmas
Se arrastra por el mundo de la idea
Y en tus libros diabólicos serpea
Y se enrosca á las ciencias y á las almas.

—
Pero no importa. Al pronunciar tu nombre
Huye el error y se prosterna el hombre.
¡Con cuánta majestad, con cuánta gloria,
Suelta la ya nevada cabellera,
Atraviesas magnífico la Historia!
Y contigo, en intrépida carrera,
Devorando la vida,
Marcha también la humanidad entera
En tus gigantes brazos conducida.
¿Adónde nuestros pasos dirigimos?
¿A qué ignoto paraje llegaremos?
No sé; pero ascendemos.
¿No hay más luz? ¿más espacio? Pues subimos.
Subimos, sí; sin dilación ni excusa
El pensamiento hacia la altura vuela:

Lo inmenso del paisaje lo revela,
Lo cercano del cielo nos lo acusa.
Lo dice nuestro aliento entrecortado:
Subimos en galope arrebatado...
¡Solamente en las cúspides remotas
Sopla siempre este viento huracanado
Con que la sien y el alma nos azotas!
Lo grita, lo asegura
Esa misma negrura
Del cielo, antes azul y sonriente;
Y este extraño temblor que el alma siente
Es el escalofrío de la altura!
Subimos, sí; ya tiñe nuestra frente
Esa primera luz, trémula y pura,
Que esparce el alba en el confuso Oriente.
Y ya el tenue fulgor callado aumenta,
¡Y á sus vagos reflejos,
Borrosa aún, en los rosados lejos
La infinita Verdad se transparenta!

GONZALO DE CASTRO.





NORTE Y MEDIODIA ⁽¹⁾

RESUMEN DEL ELDORADO COMUNISTA

Estuve tres noches sin ir á la tertulia; sentía gran abatimiento y tristeza; sentía una contrariedad inexplicable, y me excusé diciendo á mis amigos que sufría un enfriamiento sin consecuencias.

Al presentarme otra vez á la amable familia de Valmor, fuí acogido con conmovedora algazara; todos me felicitaban con alegría y con estrépito.

—Al fin os vemos—dijo Corina,— y lo celebro en el alma, porque sentía ya nostalgia y ciertas comezones de impaciencia; sentía ya el gran anhelo que debe sentirse por la salud de un queridísimo discípulo... Y vos soy mi discípulo, Cabetti. ¿No es verdad que podré continuar esta noche mis lecciones de baile?

—Á mucho honor he de tenerlo siempre.

—No hay honor que valga—dijo Corina con cierto coquetaría.—Lo principal es vuestro placer. ¿Os disgusta acaso bailar conmigo?

—Es toda mi delicia; ya lo sabéis, amiga.

—Sea enhorabuena—exclamó el abuelo.—Pero esta noche

(1) Véase la página 610 de este tomo.

estáis castigado, Cabetti, á darnos ante todo un resumen leal y franco acerca de vuestras observaciones sobre el país nuestro, principiando por repetirnos las lecciones de Dinaros, haciéndonos la síntesis de la organización social y política por la que somos dichosos.

—No tengo inconveniente alguno—advertí.—De este modo podréis corregirme y rectificar una y otra vez mis equivocados conceptos.

La verdad es que mi contrariado y profundo amor ¡cosa extraña! había alterado bastante el curso de mis entusiasmos, y distaba ya mucho de verlo todo de color de rosa.

—Tiene ahora la palabra Cabetti—dijo el abuelo.

—Perfectamente. Empiezo creyendo que lo que aquí buscáis es la igualdad de derechos y de deberes, participando de los cargos y de los beneficios, sin privilegios irritantes para nadie y como miembros todos de una sola familia, unida por el más laudable sentimiento de fraternidad.

—Eso es, eso es—interrumpió palmoteando Corina.

—Queréis—proseguí—que un dominio único del suelo, del aire y del subsuelo y un solo capital conduzcan aquí á la comunidad de bienes de todos los asociados, á quienes se impone también la obligación de educarse cuando niños, instruirse cuando jóvenes y dedicarse en la edad adulta á una profesión ó industria, con arreglo á las facultades propias y con sujeción á los preceptos constitucionales y á las leyes que distribuyen equitativamente la producción, la labor diaria, el disfrute de los bienes, según la edad, el sexo y otras circunstancias naturales. No hay pobres ni criados. Educación, alimento, vestido, casa, muebles, trabajo, placeres, derecho de elección y de elegibilidad y de deliberación, todo es igual para todos, y hasta vuestras provincias, vuestras ciudades, vuestros pueblos y vuestras granjas son parecidas en lo posible y conveniente, esforzándose además en reunir lo necesario, lo útil y lo agradable, pintores y escultores, arquitectos y músicos, sabios y poetas, que discuten y eligen con el aplauso y la gratitud de sus conciudadanos... ¿Lo he entendido, ó me equivoco?

—¡Bravo! ¡Bravísimo!—gritaron todos.

—Y debéis añadir, Cabetti—observó el futuro clérigo Valmor,—que por las calles de nuestras poblaciones no se ven tiendas, muestras de comercio ni bazares sostenidos por el afán del lucro; pero sí monumentos suntuosos, moradas higiénicas con inscripciones honrosas ó avisos útiles, talleres y grandes almacenes que se abren para todos al consumo de cada día.

—Es cierto. Y también sé que hay aquí comités instituidos por turno para la distribución de comestibles y bebidas, como los hay para las prendas de vestir, dando diariamente á todos lo necesario y repartiendo también por turno lo más escaso, lo más codiciado y lo agradable, como por turno se da participación á todos los ciudadanos en las localidades de las fiestas públicas y en otros goces hijos de la comodidad y del lujo, que no cabe disfruten todos á un mismo tiempo. Cada almacén tiene, naturalmente, la lista de las familias á las que debe proveer y de las cantidades que ha de entregar; cada almacén abre sus cuentas á las casas que tienen derecho lo mismo á pedir y á elegir géneros que á tomar asiento en un coche ó en la butaca de un espectáculo, cuando toque, y según el número de plazas disponibles... ¿Puede darse cosa más sencilla?

—Añadid—continuó muy alegre el abuelo—que el pueblo mismo, organizado en comités, determina anualmente los productos que han de fabricarse y las obras que han de hacerse para alimentar, vestir, alojar y amueblar á todos, instituyendo fábricas inmensas, con aplicación de toda suerte de inventos y máquinas, y sin escatimar gastos para que sea menor el trabajo corporal. Los niños y los jóvenes consagrados á la educación y á la instrucción, los ancianos y los enfermos son los únicos dispensados del trabajo manual, por otra parte tan poco molesto que pueden tomarse como distracción las pocas horas de taller ó cualesquiera otras faenas. Todo concurre á hacer agradable el trabajo: la educación que nos enseña á amarlo, la limpieza y comodidad de las fábricas, el canto que regocija á las masas de obreros, la igualdad de obligaciones, la moderada duración de la carga y la honra que la opinión pública dispensa por igual á los

oficios. Tan contentos y honrados están aquí los sastres y zapateros como los médicos y arquitectos. El talento y el genio son dones excepcionales de la naturaleza, dones que se estimulan con honras nacionales.

—Pero aquí habrá, como en todas partes, perdidos y holgazanes—objetó Cabetti.

—Los holgazanes no se conocen aquí; la pereza es tan infamante como el robo lo fué en otro tiempo. Nuestra organización proscribe á los holgazanes y hace imposible la existencia de ladrones. De diez y ocho á veinte años eran en la antigüedad sorteados los hombres para el servicio militar forzoso; y casi á la misma edad, á los diez y siete años, son hoy llamados los jóvenes para que elijan oficio, según las vacantes ó necesidades de cada clase de taller, resultando que, si hay exceso de jóvenes que pretendan dedicarse á una misma industria, se verifican exámenes y concursos, y los jurados deciden acerca de las competencias. El trabajo es la más honrosa de las funciones públicas. Nuestros antiguos títulos de duques, marqueses y condes son ahora títulos de carpinteros, impresores, albañiles, picapedreros ó sastres.

—Veo solventadas muchas dificultades y dudas. Pero ¿y la salud? ¿Y la religión y la moral? ¿Y la agricultura?

—La salubridad pública, el servicio médico, la dirección religiosa de las almas, así como el importante ramo de la agricultura, todo está hoy reglamentado y previsto con gran ventaja sobre las organizaciones antiguas—replicó mi amigo Valmor.

—¿Y en qué universidades, en qué academias ó en qué audiencias se hace aquí el estudio y se adquiere la práctica de la abogacía, del notariado, de las actuaciones judiciales y de la administración de justicia? No he oído hablar de nada de esto—pregunté curioso.

—Sencillísimas son las leyes de nuestro país, como es sabido, y todos las conocemos—me contestó Valmor.—Y claro está que los estudios y conocimientos innecesarios no pueden constituir carrera. ¿De qué nos servirían á nosotros leyes protectoras de la propiedad individual, que no existe,

leyes para regular herencias ó dotes, ó para formalizar ventas, hipotecas, operaciones mercantiles, quiebras, etc., etc.? ¿De qué nos serviría estudiar aquellos antiguos y abultados códigos, llenos de definiciones absurdas que habían de aplicarse en los procedimientos civiles y criminales?

—¿No hay delitos ni delincuentes en Eudaymon?—pregunté casi con ironía, mirando á la coqueta Corina.

—Hay delitos, es cierto—replicó Valmor con formalidad y entereza;—hay delitos, como son, por ejemplo, la inexactitud ó la demora de alguien en el cumplimiento de su deber; una distribución insuficiente; una petición exagerada ó indebida; un daño causado por imprudencia; un rozamiento personal, ó alguna provocación ó calumnia; pero estos delitos los castiga un numeroso Jurado popular, sin necesidad de togas anacrónicas ni exóticos birretes, sin cárceles ni policía; se castigan por medio de la censura, de la publicidad mayor ó menor del delito, por medio de la privación temporal de algunos derechos ó la exclusión del delincuente de ciertos lugares públicos. Pero no tenemos ni podemos tener ladrones, incendiarios ni monederos falsos; no tenemos fieras que asesinen ni malvados que amenacen la seguridad pública; y si alguno apareciese, nos apresuraríamos á mandarle á un hospicio ó á un manicomio á curarse.

Pero ya tenía yo la cabeza como una grillera con tanta comunidad y tanto comunismo; procuré que terminase la conferencia, y así se hizo.

Me desquité entonces bailando á más y mejor con mi adorada Corina, cada vez más mimosa. Aquella noche no estaba el importuno Eugenio. Y pensé para mis adentros: ¿Si habrá también turno y comunismo en el amor de Corina?

Por lo mismo que estaba ella tan amable conmigo, no me atreví á preguntárselo.

*
* *

BOMBA FINAL

Triste memoria conservo de la última velada que pasé en casa de mis amigos. Allí estuvo mi rival Eugenio, solícito y galante, siempre al lado de mi veleidosa Corina.

Como de costumbre, se habló en elogio de la fraternidad, de la igualdad y de los organismos sociales de Eudaymon. Yo no admitía la posibilidad de un comunismo tranquilo, y aun atribuí á ilusión mía todo lo bueno que á la vista tuve en días anteriores, resultando en aquel momento más agrias que de costumbre mis objeciones y mis palabras.

—Pero ¿qué tenéis, querido Cabetti?—me decía Corina, más zalamera é interesante que nunca.—¿Qué tenéis para repetir ahora argumentos anteriormente refutados?

—Tengo, amiga mía, que no sé concebir que la igualdad completa exista ni pueda existir en la tierra—repliqué mirando á Eugenio, satisfecho con su amoroso palique, mientras que yo estaba trinando.

—Ya sabemos—prosiguió con calma mi pérfida enemiga,—ya sabemos que la igualdad física, la igualdad intelectual ó moral no ha existido ni existirá nunca en el mundo; pero esto no ha de impedir que trabajemos con ahinco para llegar á un estado cada día más perfecto. ¿No ha conseguido la perseverancia del hombre mejorar físicamente muchas razas de animales?... ¿No vienen siempre la educación y la instrucción á revelar las aptitudes y á mejorar los talentos? Sed razonable, amigo Cabetti.

—Todo lo que queráis; pero me acuerdo—continué—que antiguamente, es decir, mil años atrás, nos contentábamos los españoles con pedir la igualdad política, con defender la igualdad ante la ley; y aun tal igualdad, tan sencilla y razonable, no pudo imperar nunca entre nosotros.

—Claro está—me interrumpió Corina,—claro está que el impuro ambiente social y la defectuosa organización política hicieron que no pasase de ser un mito la igualdad ante la ley. Los títulos, los honores y el dinero preponderaron; todo se doblegó ante la influencia, y la historia nos trasmite mil ejemplos de derechos negados y de méritos preteridos al empuje de los advenedizos encumbrados por la intriga, el nepotismo y el escándalo. Las órdenes de caballería, las asambleas de la nobleza, los feudos todos, y hasta aquellas famosas academias llamadas sabias, que pretendían limpiar, fijar y dar esplendor, se llenaron á menudo de envanecidos ó

mentecatos, ansiosos de aparecer como genios superiores, no ante sus semejantes ni ante los que les conocían, sino ante una plebe idiota y embrutecida por el hambre.

—Las preferencias, las simpatías y los favores de la suerte son cosas que Dios permite—dije yo paseando una mirada oblicua desde Corina á Eugenio.

—No, Cabetti—increpóme entonces Valmor.—Hay cosas humanas que no subsisten por la voluntad divina, sino por la impureza del medio ambiente y la locura humana, que han permitido muchas veces en sociedades imperfectas la elevación de un indigno, otorgando lauro y fortuna al intrigante. Hay cosas humanas que Dios no autoriza, porque Dios es la bondad infinita y la justicia misma; Dios es el padre del género humano, y quiere que todos sus hijos se traten como hermanos. ¿Cabe concebir un padre infinitamente justo, un padre todopoderoso que separe á sus hijos en categorías y castas de amos y siervos, déspotas y súbditos, aristócratas y parias, propietarios y proletarios, hartos y hambrientos, dichosos é infelices, ricos y pobres?... ¿Cómo es posible que un buen padre mime solamente y acaricie, herede y bendiga á sus hijos más sanos, entendidos y hermosos, rechazando de su cariño, despojando de todo beneficio y condenando á la miseria á los débiles, enfermos y feos?

—Bien se conoce que habéis de ser en breve un gran orador sagrado—dije á mi amigo, que hablaba en realidad con exaltación creciente é inusitado fuego.

—Dejad elogios y atended á razones.

—Es que no quiero entrar en el examen de cuestiones éticas ni ontológicas. No puedo tratar yo de las sabias miras de la divinidad; de lo que hablo es de hechos humanos, hablo de vicios nacidos en todos los países y en todas épocas en el corazón del hombre.

—Es que estáis hoy casi intratable—me dijo al fin Valmor, que ya perdía su angelical paciencia.

Y me abrumaron todos con recuerdos y consideraciones sobre la santa doctrina de Jesucristo, sobre la comunidad cristiana y hasta la comunión de los santos. Se me pintó la sociedad apostólica y primitiva que empieza á desarrollarse

en las catatumbas con la renuncia y entrega de los bienes propios; se me pintó la creación de las órdenes religiosas, de los monasterios de frailes, de los conventos de monjas y de los claustros de los ascetas que fueron, según me decían todos mis amigos, tentativas imperfectas del futuro anarquismo y del comunismo de ahora.

Sin embargo, en el momento en que más entusiasmados estaban ellos y casi me hacían vacilar en la defensa de mis preocupaciones rancias, recordé los albores de la propaganda socialista y las primeras luchas de la anarquía en mi patria.

Y se presentaron de súbito á mi memoria los sangrientos atentados del nihilismo en la autocrática Rusia y los repetidos desórdenes, las violencias y los incendios de legiones de huelguistas en los Estados Unidos de la liberal América del Norte; las terribles intentonas de estúpidos gañanes en Jerez, y los hechos horripilantes de obreros sin alma en Barcelona; los incendios y las ruinas de los dinamiteros en París, y la puñalada del anarquista que perturbó en Lyon una gran fiesta de la industria y del progreso... Ideas, doctrinas y planes que empiezan á desarrollarse por la malicia y la ignorancia entre llamaradas de fuego, explosiones infames, lagunas de sangre y amenazas á la vida de todo lo existente—pensaba yo,—ideas tales distan mucho de prometer las tranquilas y satisfactorias conquistas basadas en la paz y en el mutuo amor que tan admirablemente sabía propagar la divina religión del Crucificado.

Creo que estuve también elocuente en mis réplicas, porque es lo cierto que promoví una tempestad de protestas.

Hubo, sin duda, inconveniencia en mis tonos, y hasta llegué, en mi acalorada disputa, á reñir con el complaciente Eugenio, á quien—aparte los disgustos de mi contrariado amor—tantos agasajos debía.

Es verdad que mi intransigente y coqueta Corina supo defenderle de una manera que llegaba á ser para mí mortificante, y hasta me pareció verme tratado con evidente menosprecio. Vi al pobre abuelo cabizbajo y triste.

Salí, pues, de la casa de mis amigos contrariado, perturbado y grandemente arrepentido de mi conducta.

.....
Llegaba yo á mi calle pensando en Corina, que, ciertamente, no estaba obligada á corresponder á un extranjero como yo; pensando en el cariñoso Eugenio, en Valmor, en toda aquella estimable familia que me había acogido con los brazos abiertos, y á cuyas atenciones podía aparecer desagradecido hasta cierto punto con mi indomable amor, mis extemporáneos celos y todas mis imperdonables ligerezas de aquella noche.

Y tan preocupado, caviloso y ciego iba al llegar al hotel, que me paré un largo momento sin saber lo que hacía, é inconsciente di varias vueltas por los alrededores... Luego, en vez de meterme en el ascensor, tomé carrera, y con dos brincos subí los ocho primeros peldaños de la escalera de mármol, tropezando bruscamente con un individuo, y con tal torpeza y tan mala suerte, que le hice caer al suelo y rodar los mismos escalones que ya había subido...

Conocí todas las lamentables consecuencias de mi aturdimiento ó de mi locura, y me lancé detrás del caído para detenerle y levantarlo. El atropellado era el pobre Eugenio.

No tuvo límites la desesperación mía.

Veinte personas habían acudido de pronto en auxilio de Eugenio. Estaba éste sin conocimiento, desvanecido; le subimos en brazos, le desnudamos y, apenas acabábamos de meterle en su cama, aparecieron dos facultativos para reconocerle y prestarle los servicios de la ciencia.

—No será nada—dijeron.—Hemos llegado á tiempo para evitar una congestión cerebral que pudiera haber sido peligrosa. Que se le deje en reposo absoluto después de medicinarle en forma.

Quise constituirme inmediatamente en enfermero; me enteré de la prescripción médica y quedé al fin solo con mi cariñoso y desgraciado amigo.

—Si es cierto—pensé, mirando con lástima é interés á Eugenio, que parecía tranquilamente dormido;—si es cierto que los habitantes de Eudaymon son felices, viven en paz y

han resuelto los más espinosos problemas sociales, es que habrán podido despojarse antes de la naturaleza humana que tengo, y serán hoy ángeles á no dudarlo; porque no he conocido hombre sin alguna de las pasiones que ya nacen en la cuna; no conozco sociedad humana que se encuentre libre en absoluto de los pecados capitales... Y con vicios arraigados y con pasiones dominantes, no puede existir ni existirá nunca en todo su esplendor la santa fraternidad de las abnegaciones ni el próspero y tranquilo comunismo que aquí veo implantado.

Hechas tales reflexiones, me apercibí de que un papel había caído al suelo, de la ropa de mi amigo sin duda, cuando le desnudamos y metimos en la cama. Al recogerlo, pude ver que era una carta abierta y firmada: «*Tu futura hermana, CORINA.*»

Poderosamente llamó mi atención aquella firma y aquella antefirma; no sabía soltar el papel de la mano; la curiosidad fué más poderosa que mi deber, y me decidí á leer atónito las siguientes líneas:

«Querido Eugenio: Mi hermana Celinia, con quien acabo de hablar en este momento, admira tu carácter y tu lealtad, te adora también de todo corazón, acepta agradecida tus honradas proposiciones y desea ser tuya, desea ser tu esposa. Mi padre ha recibido con gozo la noticia de vuestro enlace. Pero ella y yo quisiéramos casarnos el mismo día: ella contigo y yo con Cabetti, á quien amo de veras, tengo empeño en convertir, y quiero hacer nuestro, ya que adivino en sus ojos que me corresponde, sin habérmelo dicho todavía con franqueza.»

Entonces sí que el papel se cayó de mis manos y debí quedar con la boca abierta y los ojos fijos como un embobado que no sabe lo que le pasa.

En aquel instante mismo sucedió además otra escena que juzgué provocada por arte mágica ó alguna hechicería.

La puerta de la habitación se abrió por ensalmo, apareciendo en su marco Corina, más vaporosa, gentil y risueña que nunca, y poniendo el dedo índice en sus labios en señal de que guardase yo silencio.

—Perdón, Corina, perdón una y mil veces—dije en voz baja, con las manos juntas, una lágrima en los ojos y cayendo de rodillas.—Sé que no te merezco y, sin embargo, me amas... Soy hombre, Corina, hombre de los antiguos tiempos, y por consiguiente, indigno de un ángel como tú.

—Calla, contestó Corina.—Eres un niño grande y te olvidas de la salud del enfermo.

—Á la salud de mi víctima atenderé más que á mi propia existencia—repuse con exaltación.—Si él muriese, yo también moriría... ¡Qué bochorno! Sufro horriblemente por no encontrar excusa que justifique ahora las imprudencias y torpezas mías.

—Yo soy la que te conoce y te disculpo—añadió dándome la mano y sonriéndose Corina.—Sé que pretendes tener una edad que no es la tuya, y has venido á un planeta que no te está destinado todavía... Quise precipitar ayer los sucesos y hacerte mío, pero bien veo que todo mi amor no basta á hacer posible lo absurdo.

—¿Sigues amándome?

—Te amaré siempre, y he de ser la virgen de tus ilusiones, la virgen de tus sueños de bienandanza.

—¿Veré algún día coronados mis amores?

—Sí. Cuando se regenere tu moral en las aguas de un nuevo bautismo; cuando se afirme en tu alma la ciega fe del creyente y estés definitivamente preparado para el paraíso terrenal que tú ansías y yo te prometo desde ahora.

—¿Dónde estará ese paraíso?

—En Eudaymon y en mis brazos.

Atraído en aquel instante por la visión encantadora y la dulzura de sus palabras, hice un gran esfuerzo para acercarme á Corina; pero perdí de súbito el conocimiento; nublóse la luz de mis ojos y se paralizaron las energías de mis torpes miembros.

Y sin embargo, parecióme ver entre sueños y como en delirio todos los elementos confundidos en revueltas tempestades, formando el ruidoso acompañamiento de inmensas revoluciones y de enconadas luchas de exterminio en la atmósfera y en los mares. Luego, en la tierra, distinguí la-

gos de sangre que surgían entre miedosos é infernales estampidos de descargas eléctricas, y aquella sangre hervía y seguía creciendo mezclada con la de los hombres que se exterminaban como fieras, sin dejar de su existencia más que montones de huesos calcinados... Á derecha é izquierda, arriba y abajo, por todas partes reinaba la anarquía.

Y desperté luego, sin saber cómo ni cuándo, en este manicomio meridional en que expío ahora las agitaciones que amargaron mis últimos días.

Aquí espero siempre á mi Corina amada.

Ella me lo ha dicho y sé que vendrá.

.....
Tales eran las últimas palabras del interesante manuscrito del pobre Conde.

C. SOLER ARQUÉS.

(Continuará.)





ACONTECIMIENTOS LITERARIOS

MANCHA QUE LIMPIA

(9 de Febrero.)

Producción de *D. José* y primer estreno en el nuevamente remendado *Corral de la Pacheca*, no era de temer en manera alguna escasez de público.

Como escogido casa hita llenó bien antes de la hora el clásico local, distrayéndose en juzgar las obras, los que aún no las conocían, mientras se les ofrecía ocasión de juzgar la obra.

En tal número me contaba, y confieso que, sea ya por el grave peso de los recuerdos, ó por el molesto choque de algunas discordancias, poco ó nada me satisficieron las innovaciones. Dolióme ver que asomaba una estúpida cara de chulo con sombrero cordobés donde figuró antes el ovalado retrato de Lope de Vega, relegado al vestíbulo con sus cinco celebérrimos compañeros: mesitas para la aloja hubieron de parecerme los estantes divisorios de los palcos bajos, y el tan cacareado telón de boca, causa de retardo en la apertura de la temporada dramática, muy utilizable como fondo ó decoración de rocas, con sólo darle algunos brocha-

zos grises trasversales; tal es la dureza y rigidez con que están pintadas las que debieran ser flexibilísimas telas.

Suena el timbre, y *peñas arriba*; la expectación es grande *a tout Seigneur tout honneur*.

Mancha que limpia es una obra compleja; en ella hay varios Echegarayes, como si después de haber hecho diversas monografías, hoy base de estudio y desarrollo de facultades, tendiese ya á obras de conjunto, tomando de acá y de allá, en terreno propio ó ya arado por su pluma.

Dominando la tinta romántica—que es su pecado ó condición original—no es difícil distinguir el elemento melodramático en la madre harapienta que escribe *míga por mi hija*, á la cual se separa del ser de sus entrañas, además del indispensable traidor ó traidoras; el chiste suelto de que carecían las primeras producciones de D. José, y que en monografía no resultó (*Correr en pos de un ideal*); el drama moderno, ó á la francesa, en el ambiente y en no pocas escenas, y hasta el modo Ibsen, si no en el núcleo dramático, en las palabras de D. Justo acerca de la ley de herencia modificada por la voluntad, recordándonos, aunque con atenuantes, *El hijo de D. Juan*, ó su padre putativo *Geugangere*.

Si siempre ha sido difícil juzgar á Echegaray; si en ello—así opino—se han estrellado, Cañete con su animosidad, muy ablandada en los últimos tiempos de su vida; Revilla calificándole de «genio é inspiración *sin talento*» (1), cuando con su talento es capaz de elaborar genio y simular inspiración; Ixart con su empeño de *desconvencionar* la escena española y de arrancarle los timbres tradicionales; el público tomando el oropel por oro y despreciando el de ley, aunque envuelto en arenas de un gongorismo científico que le arrebatara, y la prensa del día siguiente celebrando la dicción y llamándole matemático que por $A + B$ (sus frases corrientes) va á parar á la fórmula final *lógica y fatalísima*, no he de pretender yo tomar sobre mis débiles hombros tan onerosa carga en obra que señalo como compleja, limitándome, como en otras ocasiones, á toques aislados y á la exhibición

(1) Crítica de *La esposa del vengador*.

de impresiones personales, de menguado alcance por tanto.

Estimo, además, tarea difícilísima, puesto que imposible no sea, juzgar á Echegaray, como lo es retratar al inquieto y gesticulador. El autor de *El libro talonario*, *En el puño de la espada*, *Ó locura ó santidad*, *Sic vos non vobis*, *El hijo de don Juan y Mariana* no ha tomado aún asiento dramático: avanza, retrocede, desciende y se eleva, y en él influyen con alternancia los teatros de ajenos países, el público aplauso y muy marcadamente el sexo y condiciones escénicas de los que han de representar sus obras, siendo en tal concepto *Mancha que limpia* un á modo de traje literario para María Guerrero, como en la última producción de Sardou se confeccionó un traje *indumentario* para Sarah Bernardht, de tal peso su joyería que, por impedirle accionar y hasta moverse, hubo de ser desechado; no así el de María, que lo ha llevado con soltura extrema, aunque nada sencillo como luego hemos de ver examinando los caracteres contendientes.

Con respecto á Echegaray no cabe en la actualidad otro sistema crítico que el *kinedoscópico* ó *cronofotográfico*, ó sea el de cogerle en la posición de momento, para que, enlazadas en su día con imperceptibles soluciones de continuidad las varias pruebas, resulte, como en el asombroso aparato de Edison, un Echegaray total con todas sus fases y rasgos salientes, que es el que debe pasar á la posteridad, mejor dicho, el que la posteridad compondrá utilizando el microscopio del tiempo.

Hecha esta confesión general, veamos las particularidades de la obra estrenada.

Su primer acto no contiene la completa exposición; debiera abarcar, cuando menos, la escena primera del acto segundo, en la que se declara la voluptuosa situación de Enriqueta y Julio, máxime cuando no la puede imaginar por sí solo el espectador, dadas las costumbres sociales de la clase en que el drama se desarrolla.

Consiste éste en la lucha de dos caracteres femeninos. Matilde y Enriqueta: viven bajo un mismo techo, al amparo de D.^a Concepción, madre de Fernando, prometido esposo de la segunda, la cual, sin embargo, mantiene ilícito

tos amores con Julio, á cuya casa va, á hurto se entiende.

Pudiéramos aquí señalar como sello casi inherente á los dramas de Echegaray el adulterio, aunque aquí corrido ó anticiparlo; pero sigamos.

Enriqueta es además felinamente perversa, tipo melodramático á posta para contrastar el *yankee-romántico* de Matilde, esclava de su deber y archijuicios mientras no prevalece, como en el acabamiento de la obra, su segundo *atávico* temperamento.

Que Matilde (María Guerrero), la más obligada y distante de la familia, se enamore de Fernando, es natural y dramático, como que reprima su afecto hasta que vituperada por ajena conducta, sabeedora de que con creces pagó presentes favores á D.^a Concepción y arrojada de la casa donde halló abrigo inseguro y desafecto, truécase en espada vengadora, á lo romántico, es decir, no acudiendo á fáciles pruebas de su honestidad, sino al *hierro inclemente* hundido en el pecho de Enriqueta, recién desposada con Fernando, produciendo una escena magistral, objetivo del drama, escena que levantó en alto al público, consiguiendo el perdón de todos los artificios preparatorios, y la cual llega al ápice cuando Fernando (Díaz de Mendoza), con inolvidable acento, exclama: «La maté yo, yo mismo», frase que me recordó el

¡ah! il s'est tué

de Mad. Favart en el *Julie* de Octavio Feuillet, una y otra relámpagos escénicos cuyo trueno es el público con sus ineludibles aplausos, frases capaces por sí solas de salvar y hasta de razonar una obra más ó menos fluctuante.

Con ser *Mancha que limpia* drama de caracteres, distan mucho, aun los principales, de ser firmes y completos.

Aparte del de Enriqueta, el más cabal, al cual pudiera reprocharse, sin embargo, falta de filiación y de *mesología*, no comprendiéndose que una señorita acuda á las citas á casa de su amante, los restantes dejan mucho que desear, revelando que Echegaray se paga más de la ciencia del efecto, del artificio escénico, del dominio del talento sobre las mu-

chedumbres, que del análisis, incrementos y fenómenos de los caracteres.

Es el de Fernando pueril y endeble por demás; con ser el jefe de la casa y hallarse enamorado de Matilde, ni limpia la mancha que, á ser cierto lo que de ella se propala, hubiera caído, ni toma á pecho averiguar la verdad de la falta, operación sencillísima siendo Julio el cómplice, visita de familia, y sin interés en ocultarla.

Que tal carácter es afeminado y escaso pruébalo el entusiasmo con que el público recibió su crecimiento cuando, después de la poco caballerosa escena de la refregada carta, *se hace hombre* en la escena culminante ya citada.

D. Justo, D. Lorenzo y D.^a Concepción resultan demasiado iguales, recordando los tres anabaptistas del Profeta, tan bien ridiculizados por *Serafi Pitarra* en sus *Gatadas*, ó los Mendaña, Castilla y Grana de Florentino Sanz.

No se comprende tampoco aquella doncella tan poco enterada de lo ocurrido en la casa, caso raro en la clase de sirvientas, y su poco interés en pro ó en contra de la que fué su señorita—en la escena incolora que con ella realiza, y lo que es tocante á ésta, á la protagonista de la obra, hallo el carácter defectuosísimo, separándome de la corriente opinión.

¿Cómo se le ocurre, sabiendo que de ella se sospecha, ir sola á casa de Julio, cuando el hecho de encaminarse allí deponía en contra suya? Y una vez vista por las de Mendoza en la escalera, donde estuvo en acecho, ¿cómo no acude á ellas, ya que, viviendo en la casa del amante, sabrán lo que pasa y cuál es la culpada?

De su inocencia puede atestiguar la institutriz, que quedaba en el coche cuando los *coloquios* de Enriqueta con Julio, Julio mismo, y ni los busca ni acude á su fe; asaltando los campos románticos, espera el día de la boda de su rival, entra por secreta puerta, dispuesta á todo, aunque no apercebida, que ni puñal lleva; brava al principio, tórnase mansa cordera, cuando debiera enardecerse más y más, al ver que Fernando ciñe á su rival con amoroso brazo y la lleva al altar, después de despreciarla á ella, de encerrarla y de arrojarle una carta que no ha escrito, situaciones inexplicables,

si no fuera la necesidad de enfrenar el tiempo, de no precipitar los efectos que tienen su hora marcada, como las brujas, sin han de producir resultas.

Cuando Fernando *hace entrar á la fuerza* á Matilde en la habitación contigua y *cierra con llave*, como dicen las acotaciones del acto cuarto, no encierra á una persona, rigurosamente hablando, encierra un *hecho*, para que no se precipite y descomponga el efecto final.

De aquí que tampoco quiera leer la carta, y la atribuya—siendo de Julio—á Matilde (¡pobre grafología!), cuya letra ha de conocer, viviendo como han vivido á modo de hermanos bajo un mismo techo.

No sigamos por este camino; son los derechos ó los privilegios de autor, según siempre ha creído Echegaray, y si no son sus derechos, fuerza es reconocer que son sus prestigios escénicos.

Una gran convicción avasalla una asamblea, y de esta verdad se vale al final del acto tercero para condenar á Matilde, disparando contra los espectadores—que ni á chistar se atreven—afirmaciones rotundas que destruyera un juez municipal de partido.

Porque Echegaray posee el don imperioso de dominar al público (y cuidado que el del día 9 de Febrero estaba dispuesto á no dejarse hipnotizar y se defendió cuanto pudo); concibe una *fórmula* dramática y á ella va derecha ó curvamente, á la continua ó por saltos, rellenando abismos con frases colosales, cogiendo desprevenido al público y elevándolo en alas del lirismo para que no vea la *baja tierra*, trastornando caracteres, involucrando maneras escénicas, atento al fin con libertad de medios y predisponiendo al aplauso con sobresaturación de ambiente escénico, con enlaces inextricables entre personajes y público, y hasta entre público y autor.

La imaginación se desvanece, la razón no queda tan satisfecha como la facultad vecina, al ver que el cuerpo resultante de la combinación de elementos dramáticos en el laboratorio escénico de Echegaray no depende de la clase y cantidad de dichos elementos, sino que entra por mucho, por

muchísimo, la voluntad del autor; oro á manos llenas hubieran sacado los alquimistas, á conocer tal secreto.

El ritmo escénico, ó sea la distribución de actos, entendiendo los intermedios como cesuras, ya se ha indicado que saliera ganancioso con pasar al primero los comienzos del segundo, y concentrar en éste y el tercero la trama del argumento; no es género Scribe ni tan melodramático para exigir gran espacio, y no se vería obligado el autor á enfrenar la acción á cada paso para que no se precipite por fatal y rápida pendiente al desenlace. Discreta es Matilde, y bien pudiera haber sospechado algo de lo que ocurre, adelantando acciones, sin que ni ella ni Enriqueta fueran solas, aunque con distinto intento, á casa de Julio, lanzada ya la acusación y despedida miss Fanny; aquí hay algo obscuro: una cuenta de días transcurridos de que el espectador no se entera bien, y que *no sé si saldría*, todo lo cual desaparecería con reducir á tres los cuatro actos de la obra.

Que ésta gustó al público, lo dicen los atronadores aplausos, sin preparación alguna tributados; los carteles, que durante cuarenta y dos noches, sólo interrumpidas por los lunes clásicos, la anunciaron, y la prensa al vuelo y á pino.

Por cierto que la manía inveterada de querer explicar los triunfos de Echegaray por su índole matemática, en que ha caído esta vez hasta el discreto *Zeda*, de *El Imparcial*, como si matemáticas y romántico pudieran concordar nunca, me trae á la memoria una anécdota que quizá no resulte de más como juicio de la obra última de nuestro gran dramaturgo.

Ingeniero jefe hoy de una de las provincias andaluzas, M. de C. era, hace algunos años ya, alumno de la clase de *Cálculos diferencial é integral*, clase que nos explicaba con claridad portentosa en la Escuela de Caminos, Canales y Puertos uno de los hombres más sabios y de más talento (con perdón sea dicho de Revilla) que hay en España, y si quieren ustedes usar el singular no seré yo, que bien le conozco, quien me oponga á ello.

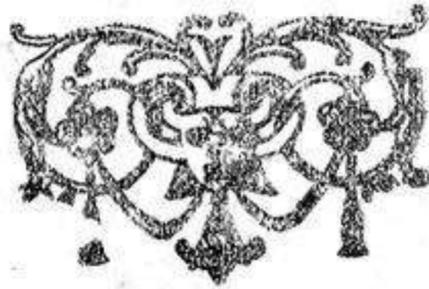
No siempre el alumno citado se sabía perfectamente la lección, pero sí la fórmula final, el resultado algébrico que

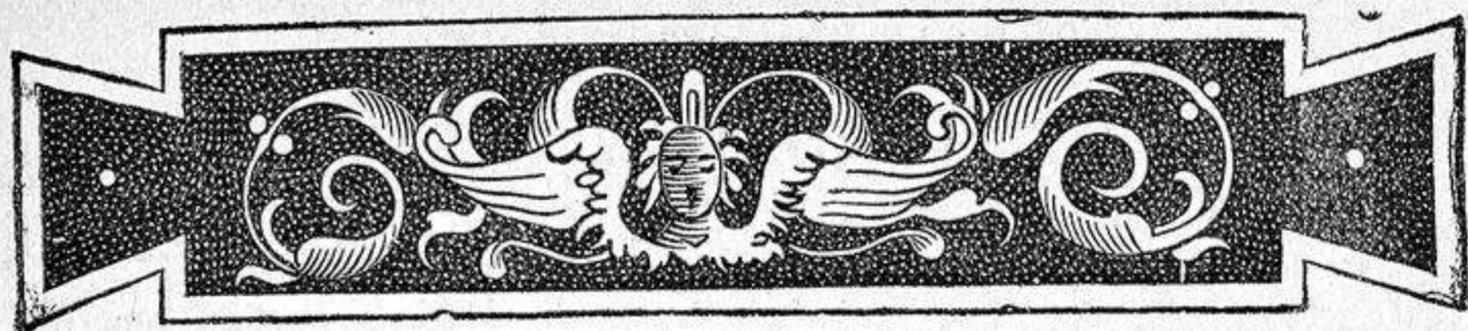
constituía su objeto, y era de ver la gracia y el arte con que, cambiando con rapidez unas veces el signo de un polinomio, borrando, vuelto de espaldas á la pizarra, un exponente y por otros análogos *artificios*, de cálculo, llegaba á la fórmula neta y clara.

El profesor, de muy *generoso carácter*, según le ha llamado Tamayo al relatar su entrada reciente en la Academia Española, no solía darse por enterado de tales transformaciones; pero más de una vez, admitiendo y celebrando el resultado, germen de utilísimas aplicaciones, marcaba, desbrozando obstáculos, los rectos y fáciles caminos que á él hubieran igualmente conducido.

¡Quién tuviera su talento!

MELCHOR DE PALAU.





LA EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES

Cuando yo vengo á hablar en la CONTEMPORÁNEA de la Exposición nacional de Bellas Artes, el tiempo que ya va pasado desde su apertura quita interés de novedad al asunto. La Exposición está ya vista, comentada, juzgada, discutida y hasta condenada por la crítica y el público. Nada se puede decir de ella que no se haya dicho ya. Esta consideración hace vacilar mi pluma tentándola á detenerse en este punto mismo, con lo cual saldrían ganando mis lectores; si no cedo á la tentación, es solamente por cierta inquieta comezón del espíritu, rebelde á seguir sometiéndose al silencio que hasta ahora me han impuesto circunstancias contrarias á mi propósito de escribir de este tema y que fueron lo bastante poderosas para estorbar su redacción hasta el presente momento. Digo esto para pedir perdones del retraso, que no fué parte á evitar mi buen deseo; y una vez dicho, sólo me queda añadir que reduciré mi escrito á las breves dimensiones de un artículo, que, amén de ser único, habrá de ir así como en volandas.

Desde que han sido adjudicados los premios, han producido escándalo entre las gentes extrañas al arte y hablillas entre los congregados del cenáculo. Por esta razón y porque este escándalo se ha trocado alguna vez en maleante regocijo y

retozonas satirillas, no habré de tener en cuenta la decisión del Jurado, poco atendible esta vez, deseando que para otra tenga él mejor acierto y la Exposición un sino menos malo.

Después de vagar por aquellas salas un buen pedazo y de poner en orden el barullo de impresiones distintas que produce, búscase en vano la dominante que resulte del examen del conjunto, y sólo se encuentra un desagradable vacío, porque no hay en toda la Exposición una sola nota común que la haga simpática. En aquellas salas no hay una tendencia, un arranque, un vislumbre siquiera de porvenir más risueño, porque si descartamos las vanidades del amor propio, los atrevimientos de la pintura que no busca sino la venta y las inútiles trivialidades de los rapsodistas é imitadores (tres formas distintas de una sola esterilidad verdadera, no encontraremos sino la última y perniciosa manía impresionista, como novedad saliente, que á más de ser de por sí vitanda, es extranjeriza para mayor ignominia.

Los unos, encastillados en sus procedimientos de siempre, los otros dejando las casticidades robustas por extravagancias que no les han de dar honra, pocos son, de entre los de primera fila, los que han traído al certamen una idea fecunda, ni nueva, ni vieja. Examínense los cuadros lamidos y rebuscados, hasta caer en pecado de mal gusto, del Sr. Masriera (D. Francisco), y se verá que este señor emplea todo su talento en discurrir extravagancias y toda su habilidad, aun siendo tan grandes como son el uno y la otra, en apurar hasta el extremo de la exageración posible el atildamiento de la forma. Su cuadro *¿Son ellas!* (núm. 697 del Catálogo) es el último alarde de su manera meramente exteriorista y materializadora. Las dos hembras incitantes y apicaradas que andan á pie por el interior de un estuche, ó lo que sea, hacen todo el deslumbramiento posible de los ojos, nada más que de los ojos; parece mentira que se pueda encontrar un cuadro bueno, obra de un maestro, empleado en expresar un rebuscamiento tamaño y que con tan vivos colores se pueda encubrir la ausencia de toda idea. Sus dos *retratos* de señora—lo mejor que presenta—y su *Penitente*, á todas luces imposible, aun á la de bengala que ilumina el cuadro, son la

más acabada manifestación del exteriorismo de que arriba le culpo; pues en ninguno de los citados lienzos aparece por parte alguna nada que se pueda relacionar con la sinceridad en la copia del natural ni con la serenidad reposada que debe presidir la concepción de toda obra bella; allí no hay sino afán de deslumbrar con el efecto de dudosa ley, con tal de que hiera y ofusque los ojos, y la graciosa incongruencia que resulta de aplicar á esta pintura, casi escenográfica por la intención, la nimia pulcritud del miniaturista que se pierde en detalles.

Así como el Sr. León y Escosura se cuida sólo de demostrar su habilidad primorosa en esto de hacer cuadritos á la antigua usanza francesa, hoy justamente desacreditada, que hizo de la pintura algo tan decadentista y refinado como una carta amorosa de Fontenelle, manteniéndose, con excelente acuerdo, dentro de los límites de lo bonito, el señor Masriera aspira, por el mismo procedimiento, á tocar en los confines de lo grandioso, imposible físico y artístico á la vez que puede producir el asombro del público, pero nunca alcanzar la sanción de los inteligentes. El resultado obtenido por el notable artista catalán es vistoso, seductor, pero con una seducción malsana, de la que se debe huir so pena de incurrir en inevitable pérdida de toda noción de buen gusto.

Exteriorista de buena fe y sin segunda intención el señor León y Escosura, nada importa verle incurso en el amaneamiento que es inevitable consecuencia de este género de pintura menuda, cuando no es el culto ferviente y devoto del natural el que preside la filigrana de ejecución que constituye la sal de estas prolijidades; al Sr. León y Escosura se le aplaude el primor, se dedica una sonrisa á cada cuadro y se pasa adelante; no nos trae nada nuevo, pero tampoco lo ha pretendido; pinta como pintaba, tan pulcro y fino de pincel como siempre, y se acabó todo cuanto de él se pudiera decir. Está en su sitio y representando en esta Exposición lo que representó en otras: la linda perplejidad del petimetre, vistosa, pero vacía. Saludémosle y sigamos.

Y detengámonos un momento, por más que merece dos, ante Martínez Cubells; bien es verdad que podemos dedicar-

le uno al tratar de los exterioristas, entre los cuales me permito clasificarle, y otro cuando consagre una ojeada á los retratistas. Sus retratos, únicas obras que presenta, son catorce, todos ellos de gran tamaño, todos de empeño, todos seductores y con marcado carácter de apoteosis de la persona retratada. Hablando del Sr. Martínez Cubells sólo como pintor, he de decir que es igual á sí mismo en todos sus retratos; todos ellos están hechos por el mismo procedimiento que caracterizan una falsa policromatía y una exquisita persecución del detalle. Colorista consumado, consulta el natural, pero no lo copia; estudia sus efectos, pero no los imita; el Sr. Martínez Cubells ha inventado una coloración totalmente suya, á la cual traduce el color del natural; en el dibujo es en lo único que se conserva sincero, magistral y firme, cualidades envidiables de las que no podrán envanecerse muchos; pero su color está reducido á una extraña sensualidad ecléctica hija del estudio, de un gran dominio de la técnica pictórica, y estoy por asegurar que hasta de la óptica ó tratado de la luz, tal como está contenido en los libros de ciencia física. Exteriorista consumado también, deslumbrador de los ojos y peritísimo práctico del color, falsea el natural y juega con la luz, descomponiéndola en los múltiples colores del iris; por eso sus retratos tienen algo así como aureola, que adoba y sutiliza el modelo, dando á las carnes tonos de cera y de rosa, sombras azules, reflejos luminosos y coloraciones gallardas, ¡ay! mera invención todas ellas. Sin embargo, hay en su exteriorismo un fuego, un aliento vital que imponen respeto; de todas las genialidades, por no decir otra cosa, harto abundantes en la Exposición, la del Sr. Martínez Cubells es la más simpática y la más aceptable, porque dignifica al modelo y le da nueva vida, infundiendo el hálito poderoso de su talento en todos sus retratados, que á vueltas de verse todos iguales entre sí, como soldados uniformados, deben darle las gracias porque á todos les presta cierta inimitable gallardía que pocos pintores saben obtener.

No mencionó aquí los retratos del Sr. Sorolla por una cierta exigencia del método, pasamanos necesario de todo

humano discurso al cual hay que atenerse aunque sea, como en este caso, menospreciando las indicaciones de la lógica; que jamás los métodos dejan de ofrecer lagunas, así como jamás son completas las clasificaciones; y hecha la salvedad, dejando para más adelante el atento examen, que el Sr. Sorolla tiene muy merecido, y la especial consideración á que es acreedor por los once retratos y tres cuadros que presenta, hablaré de otros exterioristas, como yo les llamo, entendiendo por tales á aquellos pintores que no exponen sino su manera de hacer, á la cual consagran atención preferente y en la cual procuran buscar el sello de peculiarismo á que aspiran.

Deslízase por su propio peso de entre los puntos de mi pluma el nombre de D. Santiago Rusiñol con su *Melancolía* espiritada, disecada más bien, y su inverosímil *Patio azul*, verdaderamente extraño y falso de toda falsedad. Persevera el Sr. Rusiñol en esta funesta manía de pintar á lo *impresionista*, que así se llama esta clase ó modo de pintura, no alcanzó por qué, pues nada más cuidadoso y prolijo que la manera por estos señores impresionistas empleada. *Santo sepulcro* y *Patio azul* han sido muy celebrados, y por el autor me alegro, que no es de él, sino del género por él cultivado, de lo que yo abomino. Mirando sus cuadros inverosímiles, he convertido la vista al natural vivo que andaba alrededor de mí vagando por aquellas salas, y he podido corroborar mi creencia de que el natural no es así; además de que nunca podré resignarme á ver que se da consideración de legítimo á un arte que consiste en pintar languideces ingratas, en las cuales todo el *quid* está en cierta malsana complacencia en la adulteración del natural. Esta misma censura comprende á los demás impresionistas, que por suerte están hacinados, casi todos, en un solo lienzo de pared, extrañamiento parecido al impuesto á los hebreos de antaño obligándoles á vivir en las juderías de nuestras viejas ciudades. Al Sr. Rusiñol van dirigidas estas amargas inculpaciones, como capitán ó guión de la hueste impresionista, poco numerosa por fortuna, y á la cual censuro al censurarle á él, que no va mi enemiga contra el distinguido artista, sino

contra la tendencia que representa. En la inmediata pared tiene el Sr. Miralles tres cuadros, mucho más simpáticos, pero ininteligibles para mí. Si por un momento, nada más que por un momento, diésemos legitimidad artística á esta manera de hacer, sería injusto no citar el *Idilio* del Sr. Guinea, cuyo segundo término y cuyo fondo están muy bien estudiados y entendidos. El Sr. Jiménez Aranda, que también rinde tributo á la funesta moda, presenta una *¡Loca!* dibujada y modelada con verdad pasmosa, pero con un ingrato color que nubla y disminuye su raro mérito, mientras los ojos no se acostumbran á la extrañeza desagradable de la tonalidad general; los primores sólo se ven después de haberse sobrepuesto á esta primera impresión penosa, que todo el gran talento del maestro Jiménez Aranda no es parte á evitar. Contaminado también de parecida flaqueza, D. Gonzalo Bilbao, el artista sevillano que sabe realzar el color local de su tierra con notas en extremo simpáticas, en la actual Exposición presenta dos cuadros francamente impresionistas, pero que por fortuna conservan mucho de la robusta espontaneidad característica de su autor. *La siega en Andalucía*, franco y valiente, bien concebido y bien compuesto, sería un cuadro sin rival si el Sr. Bilbao no hubiese tratado de vestir á la última moda su gallarda manera de poner el color y de pintar la luz, aquella manera empleada en su asombroso *Sombrajo de vacas*, no olvidado, no, en todo el tiempo transcurrido, que ya no es poco. Allí había el jugo, la riqueza que da la contemplación del natural; aquí hay cierta sequedad indecible que no compensan ni el dibujo firme ni el toque valiente, expresivo y bien puesto en su sitio, con arranque genial de gran artista seguro de sí propio. *Carta de un pretendiente* es una preciosidad vista á través de un tul tupido, que tal viene á ser la falsedad del procedimiento empleado. Si el Sr. Bilbao hubiera pintado ese lindo cuadrito como él sabe hacerlo, si hubiera puesto el color tal como él ha sabido ponerlo y sentirlo en otras ocasiones, dejándose de acromatismos inventados, las dos muchachas de su cuadro serían dos joyas inestimables: de expresión y de dibujo, es difícil que el mismo Sr. Bilbao haya hecho nada mejor.

Aunque sólo fuera por esto, tendría muy merecida la medalla que no le dió el Jurado y el unánime homenaje que el público le rinde.

Cigarreras de Sevilla es un cuadro en que su autor parece haber atendido á la impresión general únicamente, pintando dos ó tres notas brillantes, claramente visibles en la rápida percepción de la primera ojeada, y dejando lo demás en cierta vaguedad poco acusada, que no tiene otro papel sino servir de fondo. El color es crudo, brillante y alegre, aunque no justo ni sólido, y todas aquellas trabajadoras gitanescas, y emperejiladas como para una gira, y colocadas como si estuviesen en escena, no convencen al espectador, aun cuando le fascinen, así como algunas buenas actrices seducen, mas no convencen, cuando hacen papeles de aldeana. Es este cuadro una idealización alejada adrede del sentido de la realidad, algo así como un cuento picaresco, regocijado y picante, pero poco verosímil.

Mucho más sentado y más unido de tonos es la nota fina, sí no robusta, de *Las planchadoras*, italianas al parecer, que presenta el Sr. Díaz y Olano, cuadro bien pensado, sobradamente pensado acaso, y lleno de detalles felices, inspirados directamente en el natural vivo; una luz reposada y dulce baña la escena envolviendo la ordinariez de los personajes, muy real y muy bien acusada, en la dulzura suave de una nota común de blancuras y transparencias de ropa limpia, entre las que se ve claramente cómo es la existencia fatigosa y monótona del trabajo, el aburrimiento del taller común, la actividad reglamentada y á jornal. La perspectiva está muy bien vista, el dibujo es notable en algunas figuras muy bien movidas y el color una feliz armonía de los diversos acromatismos del blanco, pie forzado al que se ajusta la suavidad exquisita de aquella coloración, muy expuesta á caer en las asperezas del desentono.

El cuadro del Sr. Díaz y Olano es una de las pocas promesas dignas de crédito que han traído á esta Exposición los pintores jóvenes.

Hoy, como ayer, merecen un aplauso fervoroso los señores Gessa, Seiquer Godoy y la discípula del primero señorita

Ginés. Las frutas, flores, gatos y palomas que ellos exponen son notables.

Dediquemos una sonrisa á cada cuadro.

Muchos otros pintores permanecen fieles á sí mismos, pintando como si los años no pasaran, siempre lozanos y siempre dignos de la admiración que les consagra el público. En este número están: Moreno Carbonero, Alcázar Tejedor, Oliva Rodrigo, Alvarez Dumont, Jiménez Aranda, Garnelo, Menéndez Pidal, Urgell, Martínez Abades, Ferrant, Pla, Cutanda, Galofre, Souto y otros muchos.

De Moreno Carbonero hay que alabar el primor acostumbrado en él, su exquisito buen gusto de maestro; del señor Oliva hay la nota refinada de *Una boda interrumpida*, llena de delicadeza en el modo de hacer, de ese realismo bien visto y humorista, seguro de la forma y ducho en la técnica, que revela al pintor hecho; de Alvarez Dumont (D. César), una preciosa escena de soldados, mozas y gitanas; de Jiménez Aranda, una *Partida de tresillo*, que es un alarde de sus facultades envidiables, correcto sobre toda ponderación; de Garnelo (D. José), una *Magdalena*, humorismo gentil y picaresco, pintado con frescura y desenfado notorios; de Menéndez Pidal, un hermoso retrato de aldeana titulado *Estudio* y otro *Retrato*, el núm. 719 del Catálogo; de Urgell, las tristezas de siempre; de Ferrant, unos apuntes vigorosísimos, principalmente el titulado *Betanzeira*; de D. Cecilio Pla un *Lazo de unión* muy bien pensado, muy bien sentido y extremadamente simpático; éste es uno de los pocos cuadros que dan carácter á una Exposición; de Cutanda, un *Epílogo*, nueva escena de obreros, buena como suya, aunque menos vigorosa que otras obras alabadas en Exposiciones anteriores; de Galofre, una obra de encargo, *La coronación de la Virgen de las Mercedes en la Catedral de Barcelona*, obligado asunto que le dió ocasión para lucir lo mucho que sabe y lo mucho que pinta; de Alfredo Souto, cuatro ó cinco cuadritos de Galicia llenos de encanto. Agréguese á éstos: de D. Carlos Vázquez, un precioso prado florido titulado *En primavera*, jugoso y fresco; de D. Marceliano Santa María, *Á la Epístola*, cuadro de género concienzudamente hecho, un verdade-

ro acierto; de Yuste, una bien vista escena campesina; de Gascó, una castiza y sólida muchacha aragonesa; de Fillol, *La gloria del pueblo*; de Cabrera, *¡Náufrago!*; de Pla y Rubio, *¡Á la guerra!*; de Garnelo Fillol, *Dos amigos*; de Moragas, *Miseria y Caridad...*

Detengámonos en esta enumeración fatigosa de las obras cuyo recuerdo viene saltando á mi memoria. Quedan otras muchas; pero no he de repetir el Catálogo. Lo triste es que todas éstas hay que recordarlas eliminando no pocas producciones, hijas del mal gusto, pesadas, faltas de espíritu, ahitas de rebuscamiento decadentista y premiadas muchas de ellas. ¡Cuántas de éstas, discutidas y hasta ensalzadas por críticos amigos ó sobrado benévolo, no logran pasar los indecisos límites de lo mediano! Una aplanadora mediocridad parece cernerse en el aire de aquellas salas, cuyo recorrido fatiga el espíritu más aún que el cuerpo del visitante.

El hábito poderoso de aspiraciones enérgicamente manifestadas; el vigor que acusaron otras Exposiciones, aquí son cosa no vista; tan hermosas cualidades están ausentes hoy del local de la Exposición. Apenas se encuentra en aquellas paredes un cuadro que, por cualquier motivo, impresione profundamente, como los de Bilbao, Pla, Serra, Sánchez Sola (*Cossete*) y algún otro. Los maestros han hecho admirar una vez más su habilidad reconocida; los principiantes apenas han traído alguna que otra promesa muy tibia, cuyas buenas cualidades no despiertan el entusiasmo del espectador que adivina al gran artista futuro entre las desigualdades del principiante de hoy. Y entre tanto desaliento apenas se encuentra algún artista, como el Sr. Peña Muñoz, que haga su camino con firme paso, acercándose cada vez más al completo acierto por el sendero seguro del estudio sincero del natural; sus cuadros merecen elogio por la simpática sinceridad del color, lo sentado del dibujo y lo bien pensado de sus asuntos, delicadamente concebidos. Alábole con gusto, y á mi modo de ver con justicia, porque su honradez artística le hace acreedor á ello. La más importante de las obras que presenta, *El bocadillo*, tiene, á pesar de su aparente sencillez, una fuerza de observación que revela

un artista verdadero; está este pequeño lienzo, de factura reposada y firme, lleno de un vigor más grande de lo que á primera vista aparece; la poesía campesina que respira el cuadro está hondamente sentida, y sus figuras viven la vida de la realidad, felizmente sorprendida por el autor; esto último es aplicable á su otro lienzo, *Reclutas disponibles*, verdaderamente discreto. De los demás, hay que notar la ligera y elegante factura de su cuadro titulado *Del teatro*, el castizo color de *Un descanso en el estudio* y la sólida y armoniosa tonalidad de uno de los dos retratos que presenta. Apreciado ya por la crítica y bien quisto por el público, al Sr. Peña sólo falta encontrar un asunto, cuando la casualidad se lo depare, que acierte á herir la atención del común de las gentes, y él le dará el *regium exequátur* del nombre hecho. En caso parecido, aunque con personalidad artística de todo en todo diferente, están el Sr. Muñoz y Lucena y algunos otros que no recuerdo en este instante.

Abundan de un modo pasmoso los dramas comenzados, los dramas terminados ya y los dramas que se dejan adivinar, pero que no se desarrollan á la vista del espectador. Es una manera como otra cualquiera de dar interés á los cuadros: una especie de recurso escénico, tan gastado ya como aquel que en la literatura dramática consiste en revelar la trama por medio de una carta que es interceptada ó perdida, ó que llega á manos de aquel que menos debiera conocerla, para dar lugar á que el drama estalle.

Hay ocasiones en que el ocultar el drama á los ojos del espectador es señal de buen gusto é indicio de fina percepción artística en quien lo hace: sirva de ejemplo *Una desgracia*, cuadro muy notado, hace años, de Jiménez Aranda; pero este recurso, como todos, necesita, para ser legítimo, estar sancionado por el acierto que da el talento: cuando esto no sucede, el ocultar el drama á la vista del que mira el cuadro puede convertirse en un rebuscamiento afectado que quita base y amplitud al efecto artístico de la obra. Mis lectores necesitarán esforzar poco su memoria para que á ella acudan, buenas y malas, multitud de obras que están en este caso y que vienen á ser una de las notas de esta ex-

posición; es mucho más limpio y más franco abordar el asunto de frente y por entero, sin arredrarse ante las dificultades, en cuyo vencimiento está la gloria, que no es á buen seguro para los tímidos.

Esto prueba cierta falta de espíritu y de pujanza que yo he creído notar en la Exposición.

He dedicado estos últimos párrafos á la pintura de género; voy ahora á hablar del paisaje.

En primera línea, artista consumado y verdadero poeta aparece D. Enrique Serra con un solo cuadro, primero suyo que viene á una Exposición nacional (que yo sepa), y que viene á honrarla. Á mi modo de ver es la obra más perfecta y de más arranque que hay en el Palacio de la Industria; este cuadro, titulado *Cercanías de Roma*, sólido, clásico, inspirado y grandemente sincero, debe pasar de la sala que no preside—injustamente—á nuestro Museo sin rival.

Los dos cuadros grandes que presenta el Sr. Espina y Capo son dignos de su fama; uno y otro tienen el ambiente y el jugo que de antiguo admiramos en otras obras de su autor. Nada nuevo puede decirse hoy de él, pues no ha hecho más que reverdecer el mismo laurel que hace tiempo tiene bien ganado. Sin embargo, puede hoy notarse en alguno de sus cuadros pequeños un estilo más llano, como, por ejemplo, en el titulado *La herrería*, obra trabajada como pocas, y que, sin la grandiosidad de estilo característica en su ilustre autor, es una preciosidad de justeza, sinceridad y brío.

Beruete, Ramos Artal, García Ramos, Vancells continúan, como siempre, sin haber traído nada nuevo; bien es verdad que con sus antiguos méritos tienen bastante; los cuadros que ahora presentan son dignos hermanos de los que han presentado en otras ocasiones. El Sr. Alba (don Eduardo), en cambio, progresa en plasticidad y elegancia, aun perseverando en el exclusivo desarrollo de los temas tristes. Los dos paisajes *La tarde* y *En la charca* carecen, por fortuna suya, de la tétrica aspereza de obras anteriores.

El Sr. O'Neill presenta dos paisajes de su país verdaderamente notables; no he visto nada hasta ahora de este señor, y confieso de muy buena gana que me han agradado sobre-

manera los dos hermosos lienzos, admirando la factura á la vez detenida y libre, la grata entonación y el ambiente que avaloran sus dos obras. Hay en una y otra, que parecen el mismo paisaje desde dos diferentes puntos de vista contemplado, mucha sinceridad, mucho estudio y mucho arte.

El Sr. Maura (D. Francisco) también mallorquín, como el Sr. O'Neill, merece un aplauso incondicional por su precioso cuadro *El Molinar*, verdaderamente digno de su maestría. Es un cuadro luminoso como pocos y una nota original y brillante llena de atractivo.

El Sr. Poy Dalmau presenta dos paisajitos de Galicia impregnados de la dulce melancolía de aquel país. Cerca de éstos hay uno de Bárbara, tan sentado y firme como todo cuanto él hace. A propósito de paisajes de Galicia, no quiero olvidar el del Sr. Latorre Gragel, *Paisaje de Galicia en otoño*, que me parece toda una promesa digna de crédito. He de apuntar, como dato curioso, que este señor es un discípulo de la cátedra de colorido de Santiago, dirigida y regenerada por José Fenollera, bruscamente desaparecido del escenario madrileño hace algunos años; de entonces acá muchos de sus compañeros han hecho ilustres sus nombres: Fenollera quiso apartarse de este camino, pero hoy nos manda, como fe de vida un poco altruista, obras de algunos de sus discípulos: Latorre, con su vigoroso paisaje abocetado, pero firme; Carrero, con *Los cantores de la catedral de Santiago*, lienzo lleno de verdad y de vigor; Bar, con un *Peregrino en oración*, y no sé si algún otro... todos ellos jóvenes alumnos de aquél, que traen impresa en sus lienzos, como una marca de fábrica, la manera amplia y franca del maestro, su concienzudo modo de ver los asuntos y su plasticidad bien modelada. No saco á colación el nombre de Fenollera y las obras de sus discípulos por el mero placer de amenizar con un parrafito de marcado sabor personal las arideces de este deslavazado artículo, sino porque la aparición en el certamen de estos discípulos de la Escuela de Pintura de Santiago tiene una importancia, dentro del arte, digna de ser notada; hasta ahora (y afirmo bajo mi responsabilidad) no ha habido pintores gallegos que hiciesen algo

más que fundirse en el montón, mientras no salían del país; las Escuelas de Bellas Artes en él establecidas vivían trabajosamente, alejadas del movimiento artístico de España; sin negar lo bueno que hicieron, hay que reconocer que ha sido tan poco, que los pintores gallegos no entendían el color mientras no salían de su país. Pero ahora se ve cómo pueden concurrir á un certamen y merecer una ojeada detenida, ya que no despierten el entusiasmo, obras de jovencillos que no han tenido más educación artística que la adquirida en Santiago mismo, progreso digno de ser notado en estos tiempos sobre todo, en que el regionalismo pictórico viene á vigorizar la gran pintura, la pintura de género, y á dar nueva vida al arte, que años atrás sólo creía dignos de sus pinceles los grandes asuntos de la historia de España.

Los marinistas han cumplido como buenos en el certamen actual. Martínez Abades envía cuatro grandes lienzos, en los que parece haber llegado á cuanto se puede pedir en materia de solidez de color y dominio del arte que profesa. Sus marinas son cuadros acabados, estudiados hasta el encarnizamiento, obras de artista muy concienzudo y de trabajador tenaz; de esta vez, el Sr. Martínez Abades no ha buscado asuntos de interés novelesco, dramas ó episodios interesantes, efectos extraños y seguros—por lo mismo—de color ó de luz; se ha puesto enfrente del natural y le ha copiado con verdad pasmosa, sin preocuparse de *componer* el tema, librándose por completo á la grandiosa serenidad de la naturaleza y á su talento consumado de experto artista. Este es para mí un nuevo aspecto de su obra, que implica la madurez de sus facultades. Hay algo á la vez de atrevido y de seguro en esta calma soberana con que el artista se coloca enfrente del natural y le copia sencillamente, con una sencillez robusta que subyuga. Las cuatro marinas de Martínez Abades hacen grupo aparte en esta Exposición.

El Sr. Meifrén, otro gran artista, se presenta esta vez enfrente del anterior, porque ha tratado de dar tono á la amplia y soberana calma de la naturaleza con los sentimientos y las afecciones humanas, colocadas por él en primer término. Refiérome á sus tres obras, pero especialmente á su gran

lienzo *Emigrantes*, obra muy pensada y muy bien sentida, en la cual las angustias de los que van en busca de lo desconocido se pierden entre las ligeras brumas de una mañanita primaveral. Todo él está muy bien hecho—hace muchos años que el Sr. Meifrén ha dejado de estar en el caso de pintar mal,—pero especialmente la ciudad que se ve en el fondo, magistralmente tratada. Tanto en esta obra como en las otras dos, sobre todo en la titulada *Lago de Como*, hay una grande y suave armonía en la tonalidad.

El primero citado de estos dos marinistas busca [por héroe, más que por asunto de su cuadro, la reposada amplitud del natural; no son los hombres lo que retrata, sino las cosas; el Sr. Meifrén, procediendo al contrario, da el primer lugar á aquéllos y á sus sentimientos; las marinas presentadas por el uno producen una impresión de tosca grandeza, irreflexiva y honda, mientras que las obras del segundo producen una impresión más reflexiva y menos viva, aun cuando tal vez más conmovedora; el uno parece no tener más arte que la imitación de su modelo, que viene á ser un arte parecido á la retórica de esos grandes oradores que parecen desdeñarla; esto no es sino una de tantas manifestaciones de un arte muy refinado y muy bien estudiado; el otro, al contrario de la franqueza un poco brutal, pero sugestiva, del primero, trata de emplear toda su pericia de gran pintor en dar al natural, además de su expresión propia, la que el Sr. Meifrén quiere que tenga en la ocasión en que lo pinta (hablo principalmente de *Los emigrantes*), y de ahí—supongo yo—el momento y la luz del cuadro, la delicada poesía con que ha sabido envolver la ciudad medio dormida aún, la distinta expresión de las figuras y hasta la disposición de los accesorios, que hacen pensar que aquello es un naufragio, pero un naufragio al revés, un naufragio que empieza; todos aquellos infelices naufragan en tierra y se dirigen al mar como desesperados; van hacia la incertidumbre envueltos en la niebla ligera y vaga; si esto es lo que quiso expresar su autor, hay que convenir en que lo ha hecho de una manera digna de aplauso.

Respecto á técnica y á ejecución, tanto Martínez Abades

como Meifrén merecen reverencia; la absoluta franqueza del uno y las delicadezas exquisitas del otro son igualmente apreciables en este paralelo de desemejanzas. El uno persigue el modelo hasta agotarlo; el otro toma del natural aquello que le basta para su objeto; en *Los emigrantes* hay un sentimiento dominante de angustia que da carácter al lienzo y al cual se subordina todo lo demás; en los cuatro de Martínez Abades no hay más sentimiento que el de la Naturaleza, lleno de materialismo robusto, avasallador y cabal. Aquello es el aire libre, las peñas arraigadas en el fondo, los muelles macizos, la arena mojada, la ola que se yergue compacta y pujante para estrellarse contra la roca como un ariete, deshaciéndose en espumarajos rabiosos; el natural, en una palabra, con toda su crudeza, tal como él es.

Un gran lienzo titulado *Niebla*, de D. José de la Torre, es también digno de mención especial por su elegancia idealista y lo armonioso del conjunto. El efecto resulta un tanto buscado, pero bien obtenido. Es uno de esos cuadros que seducen los ojos, un poco escénico y un poco frío, pero concienzudamente estudiado. A mi modo de ver, es la obra de más importancia de cuantas ha presentado el autor desde que su nombre figura en los catálogos de las Exposiciones.

Entre otras varias marinas que recuerdo, he de citar una del Sr. Verdugo, las dos que presenta el Sr. Romero Jiménez, la de Gartner, la del Sr. Hidalgo, que es un estudio muy bien hecho, y otras varias entre las cuales figura la del Sr. Caula, que no sale nunca de su especialidad, reducida á pintar escuadras de barcos de guerra; el que ahora ha presentado es un lienzo muy bien hecho, titulado *A rumbo*.

En resumen, los Sres. Martínez Abades y Meifrén son los que han intentado nuevos derroteros y los que aparecen con personalidad más caracterizada.

Los demás continúan por el camino trillado: de los equivocados no hay para qué hablar.

Es el Sr. Sorolla, natural de Valencia, el caudillo de la juventud valenciana—de la juventud que pinta,—siendo los pintores valencianos los que hoy se llevan la palma en calidad y número. Hace pocos años era su nombre poco más

que desconocido; hoy es un nombre indiscutible, y es, aunque joven, un maestro.

Su claro talento le hace ver las cosas con sus propios ojos, no con los de nadie, y de aquí lo saliente de su personalidad artística: sus cuadros no necesitan su firma para serle atribuidos; basta reparar su dibujo correctísimo, la sagaz percepción con que están acusados los rasgos típicos de sus modelos, el sabio empleo que hace de la luz, su manera originalísima de pintar el crudo sol de las ardientes playas valencianas, y su sano realismo, nada dado á idealizaciones entecas.

Su cuadro *¡Aún dicen que el pescado es caro!* es buena prueba de las cualidades arriba enumeradas; pocas veces puede verse más franqueza en el modo de tratar el desnudo del herido, mayor maestría que en la cabeza del viejo y mayor profundidad de observación que en todo el conjunto de aquella tela, en la que palpita con toda verdad un conmovedor episodio de la vida de aquellas gentes.

Más crudo es el realismo de *La bendición de la barca*, en la que está copiada la luz desentonada y ardiente con una especie de fiera complacencia en las dificultades. El dibujo es un primor. Las figuras parecen estar vivas y abrasadas por aquel sol de justicia que cae sobre ellas. La factura no puede ser más libre, pero tampoco más segura.

En *El mamón* se apaga un poco aquella paleta destemplada y encendida, armonízanse los tonos en la luz convencional de un interior, y el color es más reposado. Una nota brillante, la ventana abierta sobre el huerto, sirve para hacer aureola á la correctísima cabeza del viejo que se inclina, y el conjunto resulta más armónico que en *La bendición de la barca*, donde todo es—¿cómo diré?—subversivo, hasta la sandia risa del pillete que está sentado sobre cubierta.

Y es que el Sr. Sorolla es un espíritu inquieto, nunca satisfecho de sí propio y siempre dispuesto á correr por cualquier camino con tal de que tiene, por lo poco frecuentado, su natural aventurero; por eso le vemos, en cada Exposición que llega, trabajar con el mismo ardor, como quien desdeña y tiene en poco lo mucho que hace, y sueña siempre con

hacer más y con hacer mejor. De aquí la diversidad de sus tanteos y de sus iniciativas, siempre dignas de respeto, aunque no siempre sean acertadas.

En el retrato, en el difícilísimo é ingrato género que parece inventado adrede para prueba de pintores, el Sr. Sorolla no se halla á gusto jamás; cada una de sus obras representa una nueva aspiración al acierto, un nuevo sueño con la obra maestra que pretende realizar en todas ocasiones y que realiza á veces; cada uno de sus retratos parece denunciar una nueva inquietud, un nuevo acceso del ansia que le atosiga y le hace pedir á la inspiración y á la extravagancia, porque de todo hay, la realización de esa perfección ideal que, á lo que parece, se esfuerza en perseguir.

Unas veces la busca en la sencillez, otras en la prolijidad: en todas ocasiones, con brío que pocos tienen; en alguna, con éxito envidiable. El retrato de señorita que juega con un gato es un éxito, sin duda alguna, pese á lo rebuscado del efecto que ha obtenido recortando la figura sobre el fondo sdbrado duro de un tapiz japonés, por más que la dureza no impide que esté pintado, el tapiz, de una manera magistral. El retrato de un caballero anciano, sentado delante de un armario de libros, es acaso el más sincero; el de la señora sentada en una butaca de rojo terciopelo y ante una *portière* de lo mismo, es sucio en la color del rostro, aunque de gran dibujo... La inseguridad es el carácter de todos los retratos: no la inseguridad del procedimiento, que sobre él tiene el Sr. Sorolla un gran dominio, sino la de sus tanteos. La impresión que me ha producido el examen de las obras del Sr. Sorolla puede expresarse diciendo que es un maestro metido á estudiante por su propia voluntad. Muchos otros, cuando llegan á encontrar algo típico, perseveran en ello y ya no hay quien les arranque de su especial modo de ver y hacer, en tanto les dura la vida. El Sr. Sorolla parece desdeñar esta suerte de encastillamiento, que no responde sino á un fin utilitario y de comodidad personal, y busca siempre, eterno descontento de sí propio, y derrochador infatigable de sus excepcionales facultades, no el triunfo fácil, sino la realización de nuevas perfecciones, caso de sin-

cero entusiasmo artístico que es cosa para admirada sin reservas, y que no se puede hacer sin una gran posesión de la técnica, que el Sr. Sorolla domina á su antojo.

Algunos de los retratistas reunidos en la Exposición entienden el retrato como la expresión de un momento solemne en la vida del retratado, y pretenden darle aires de persona convencida de su propio valer, ó de príncipe que recibe una embajada; ejemplo, Bárbara en su retrato de señora, de gran franqueza y hermosa factura, Angel, Balaca y algunos más. Otros buscan la apoteosis en las arrogancias de la factura ó del continente del modelo, que en algunos casos llega á parecer un actor representando su papel; otros, y éstos están más en lo firme, conservando al modelo su carácter particular de hombre ó de mujer que no desempeñan magistratura alguna, no le obligan á ponerse en escena, sino que le muestran tal como es, fiando á la expresión acertada del dibujo y del color lo que otros piden á ciertas circunstancias externas.

Entre los retratos escénicos están los de señora de los Sres. Oliva y D. Juan Antonio Benlliure (considerando como retrato el lieuzo de este último), admirablemente pintados uno y otro. Todos los del Sr. Martínez Cubells, que ha uniformado á sus modelos con la librea brillante de su mágico color, se encuentran también en este caso. Los del Sr. Balaca fían en lo acabado del modo de hacer, por más que tienen la ventaja de estar naturalmente puestos y delicadamente tratados. Por último, el retrato del Sr. Marqués de la Vega de Armijo, de Garnelo, el hermoso busto de mujer, de Moreno Carbonero, y los tres retratos hechos por D. Ricardo de Madrazo, se mantienen dentro del concepto ordinario del retrato, sin presentarse ante los ojos del público con pretensiones de obtener su aplauso por ninguna circunstancia que no sea la de estar muy bien hechos.

En esto de la perfección del procedimiento merecen mención, muy especialmente, los retratos al pastel del señor Vaamonde (D. Joaquín), elegantísimos y coloridos con arte muy grande; las carnes, las ropas, las joyas y las gasas, está todo hecho con una frescura y una delicadeza que ena-

moran; el dibujo es muy bueno y el color jugoso y fresco, pese á la poca solidez del procedimiento.

Clásico y firme de veras, español castizo por el color, es un retrato de Alcázar Tejidor, que representa á un togado. Estas condiciones resplandecen también en uno de Sánchez Sola (núm. 1.080 del Catálogo), que es un verdadero acierto. Pinazo tiene uno de un jefe de caballería, modelo de sobriedad y brío. Bárbara, que conserva y aumenta como carácter principal de su modo de hacer cierta severidad reposada y enérgica, tiene dos grandes retratos muy notables: el de señora, ya citado, admirablemente hecho, y el del Marqués de Villamejor, el mejor á mi ver, de factura reposada y amplia, una gran figura que hace honor á su autor.

Y aquí pongo fin á estas cuartillas, demasiado numerosas ya para un solo artículo, y sobrado escasas para una apreciación medianamente detenida. Bien hubiera querido hablar de la escultura, donde, á más de las grandes obras de Querol, Benlliure y otros, hay algunas de las que hubiera querido hacer mención especial, como de un monaguillo titulado *Después de la misa*, del Sr. Fuxá, y de otras varias; pero habré de desistir de mi propósito porque ya no es tiempo, y porque cuando este artículo vea la luz estará ya cerrada la Exposición.

La arquitectura se queda también sin una sola palabra, por más de que merece más de cuatro. Pero no siempre las obras corresponden en la realidad á las esperanzas en que suelen basarse los propósitos.

AURELIO RIBALTA.





SIC TRANSIT

AL CONDE DE LA VIÑAZA

EMINENTE EN LETRAS Y EN ARTES

SONETO

Este que veis en sus tristezas mudo,
lágrimas arrancando de mi pecho
fué ayer de la esperanza amable lecho
y adormecer mis ilusiones pudo.

Del dulce amor el desengaño rudo
no envenenó con su mortal despecho:
gimió á las ansias de su mal estrecho
árbol de otoño de su flor desnudo.

Hoy, al mirarlo muerto, sepultado
de mi pecho en la tumba ¿quién dijera
que fuese aquél en sueños abrasado?

¡Vana ficción! ¡Fantástica quimeral
Antojo del dolor hizolo el hado:
¡que por verlo morir, nacer lo hiciera!

FERNANDO DE ANTÓN DEL OLMET-SERÓN DE ARAGÓN.



LA CELESTINA (1)

Los *caracteres*, ya lo hemos dicho, aparte del defecto de su inconveniente erudición, están bien sostenidos; la *acción* es sola y única y verosímil; la exposición es clara é ingeniosa, si no breve; el *nudo* dramático excita el interés y se desata de un modo inesperado, sin que, no diremos el espectador, pero sí el lector, haya podido adivinar el *desenlace*; la *unidad de lugar* y de tiempo no se cumple según las reglas del arte; pero hay que tener en cuenta que esas prescripciones puede decirse no se habían aún establecido.

El objeto de la comedia, su propósito, es corregir los vicios, los defectos morales, los usos y las costumbres de la sociedad por medio de la sátira, de la crítica ó el ridículo; y estas condiciones no puede negarse las reúne la obra que nos ocupa; LA CELESTINA, pues, pertenece á la *tragedia* por lo fatal de su desenlace, el cual despierta en nuestro ánimo un ardiente sentimiento de terror y compasión, porque consigue hacer vibrar las fibras más tiernas de nuestra alma; corresponde á la comedia porque de ella tiene la traza, porque al par que imita cuadros ordinarios de la vida, corrige, enseña y se propone un fin altamente humano y altamente moral.

La calificación de *tragi-comedia* que sin convicción completó dió Rojas á su obra, es oportuna, pues reúne las condiciones de uno y otro género de composiciones dramáticas.

Después de escrita esta nota, vemos con gusto verdadero

(1) Véase la pág. 531 del tomo anterior.

que coincidimos con la opinión expuesta por D. Leopoldo Alas en su ya citado artículo, en el que dice:

«Es dramática LA CELESTINA por la calidad de su fondo y por la forma artística, en que se prescinde de la narración, sin menoscabo alguno de la acción y de los caracteres, y el diálogo lo dice todo, y la continuidad *plástica* de la escena, necesaria para lo dramático, se mantiene constantemente. De esta opinión es el Sr. Fitzmaurice-Kelly en la introducción del libro inglés de que trato: «una novela—dice—en diálogo, una novela sin narración es una contradicción en los términos; y aunque la extensión de LA CELESTINA la haga imposible para el teatro (difícil, diría yo), el espíritu del diálogo, las transiciones de los incidentes y la construcción del plan son esencialmente dramáticos.»

D. Buenaventura de Carlos, en la *Biblioteca de Autores Españoles*, dice, sin embargo: «...la palabra *comedia* tenía entonces indudablemente una significación muy diversa de la que le dieron los griegos y romanos, y sólo después fué restituida á su primitivo concepto ó muy cerca de él. No sería fácil en el día explicar el por qué Dante dió nombre de *Divina Comedia* á su magnífico poema, ni por qué el Marqués de Santillana llamó á otro suyo *Comedieta de Ponza*, siendo así que ni uno ni otro está siquiera dialogado. LA CELESTINA lo está, mas, á pesar de esto, no se compuso para el teatro, como tampoco se destinó á él la *Dorotea*, de Lope de Vega... Consideremos, pues, LA CELESTINA como una *novela* dialogada de un mérito extraordinario absolutamente hablando y de un valor inapreciable, si tomamos en cuenta la época en que fué escrita.»

35. «Y hay en Jerusalén á *la puerta* del Ganado un estanque, que en Hebraico es llamado Beth-esda, el cual tiene cinco portales.»

«En éstos yacía multitud de enfermos, ciegos, cojos, secos, que estaban esperando el movimiento del agua.»

«Porque un ángel descendía á cierto tiempo al estanque, y revolvía el agua: y el que primero descendía en el estanque después del movimiento del agua, era sano de cualquier enfermedad que tuviese.»—Evangelio de San Juan, cap. V, versículos 2.^o, 3.^o y 4.^o

36. *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, capítulo XXI. 1.^a parte.

37. *A salvo esta el que repica, Cuando una puerta se cierra otra se abre, En casa llena presto se hace la cena*, refranes puestos por Cervantes el primero y último en boca de Sancho y el segundo en la de Don Quijote, dícenlos también los autores

de LA CELESTINA por labio de sus personajes, como demuestra el *Catálogo* que publicamos, sin que sean estos sólo los usados por unos y otros escritores. La simple lectura de nuestro famoso libro manifiesta claramente no cayeron Cota y Rojas en los defectos señalados por Cervantes, pues no abusaron del refrán, y por lo tanto no hicieron la plática desmayada y baja, antes, por el contrario, son perfectamente traídos á propósito del discurso y en tal concepto más galanura es su uso, que defecto.

38. Es notable el discurso de Rojas, en el que incluye este refrán, que aparte de sus modismos y frases familiares, manifiesta ingeniosamente su opinión acerca de la unidad, ó mejor dicho del número uno, y tanto mérito hallamos en la pureza y hermosura de lenguaje, que no podemos menos de exponer dicho párrafo á la consideración de los lectores:

«Nunca *uno* me agradó—dice Celestina,—nunca en *uno* puse toda mi afición. Más pueden *dos* y más *cuatro*, y más dan, y más tienen y más hay que escoger. No hay cosa más perdida, hija, que el mur (ratón) que no sabe más que *un* horado (agujero); si aquél le tapan, no habrá donde se esconda del gato. Quien no tiene sino *un* ojo, mira á cuánto peligro anda. *Un alma sola ni canta ni llora; un solo acto no hace hábito; un fraile solo pocas veces le encontrarás por la calle; una perdiz sola por maravilla vuela; un manjar solo continuo, presto pone hastío; una GOLONDRINA NO HACE VERANO; un testigo solo no es entera fe; quien solo una ropa tiene, presto la envejece.* ¿Qué quieres, hija, deste número UNO? Más inconvenientes te diré de él que años tengo acuestas. Ten siquiera *dos*, que es compañía loable; como tienes *dos* orejas, *dos* pies y *dos* manos, *dos* ojos y *dos* sábanas en la cama: como *dos* camisas para remudar; y si *más* quieres, mejor te irá, que *mientras más moros, más ganancia; que honra sin provecho, no es sino como anillo al dedo, y pues entrambós no caben en un saco acoge la ganancia...*»

39. Enmendó Crato y Galiano. Crato en la edición de Salamanca y Galiano en otras muchas.

40. En vez de *atleta*, que figura en muchas ediciones antiguas.

41. Lambas de *Aureo*. Edición Amarita, pág. 382, línea 15.

42. Corrigió bien Amarita (pág. 112, línea 2) á los que compusieron ó enmendaron las palabras subrayadas, pues sabido es que Amphión, el hijo de Júpiter y Antiope, reina esta de Tebas, según la fábula, levantó las murallas de aquella ciudad á los acordes de su lira, atribuyéndosele la invención

de la música; pero si, como quiere Gorsch y otros editores, escribió Rojas *antico*, de poco conocedor se le precia en historia natural; pues cualesquiera persona medianamente ilustrada no ignora que *antico* es un pequeño insecto que vive en las flores del romero, á las que la ciencia denomina *Anthos* y de aquí *antico* su derivado. Rojas no pudo nunca suponer cantor á este insecto y mucho menos, dada su pequeñez, juzgarle capaz de conmover con sus ecos árboles y piedras.

43. Amarita señala con llamada al pie estas palabras; pero hecho el cotejo, no se advierte el error. Indudablemente escapóse al cajista y al corrector la variante. Nosotros añadimos el vocablo subrayado.

44. No son pocas las ediciones en que se suprimen las palabras que escribimos con cursiva y especialmente las modernas, que han sido hechas en vista de la de Amarita. De las publicadas en Barcelona sólo hemos hallado una en que se suprimen. La de Valencia de Juan Navarro, de 1575, las consigna.

45. Mal leyó en la ocasión presente el respetable Ticknor. No recordamos que en el transcurso de la tragicomedia se titule *Celestina Trota-conventos* y mucho menos en el acto II, pues solos en él figuran Calixto, Sempronio y Parmeno. Este personaje, sí, es el que dice á su amo, refiriéndose á la innoble tercera... «y de lo que más dello siento, es venir á manos de aquella *Trota-conventos* después de tres veces emplumada».

46. *Revista de España*, tomo XXXVIII, 1874.

47. Jiménez Aquino, *Ensayos de Glosología*, tomo I.

48. Obra del Padre Enrique Flórez, teólogo, historiador y arqueólogo, de la Orden de San Agustín, natural de Valladolid y que floreció en el pasado siglo.

49. Lo perteneciente al burgo ó aldea y el nacido en ella. Etim.: Bajo latín, *burgensis*: compuesto del latín *burgus*, burgo, y *gensis*, alteración de *gens*, *genti*, gente. Burgo, aldea, población muy pequeña dependiente de otra principal, y de aquí tomó el nombre el *Burgo* de Osma.—Etim.: Griego *purgos*, torres; latín de Vegecio, siglo IV, *burgus*; antiguo alto alemán, *bur*, torre, castillo, lugar fortificado; godo, *bourgs*; céltico, *borg*; italiano, *borgo*; etc. Dicc. etim. R. Barcia.

50. Tratado en la *nota* anterior.

51. Según el Dr. D. Bernardo Aldrete, por testimonio del Arzobispo Olao Magno y Volfango, y añade los APELATIVOS *abrusar* de *brusan*, *ama* de *amel*, *balcón* de *balk*, *bandera* de *ain baner*, *bando* de *band*, *banquete* de *banchet*, *blanco* de *blanch*, *borque* de *busche*, *cantón* de *cant*, *capa* de *caapa*, *capitán* de *capitem*..., *copa* de *cupe*, *daga* de *dagat*..., *dansan* de

dansza, estufa de stuben, esgrimidor de grimmich... fino de fyn, forrar de froda, etc., etc., etc.

52. Según D. Gregorio Mayáns y Siscar.

53. Ninguno de los nombres con que se distingue á los personajes de LA CELESTINA son de origen gótico, á juzgar por los citados; del germano, *Alisa* de *Aliso*, incluido en *Botánica*.

54. D. Estanislao Sánchez Calvo dice, en su meritísima obra *Los nombres de los dioses*, hay una tendencia moderna en la lingüística, que induce á no reconocer parentesco entre ciertas lenguas, si no resultan grandes semejanzas en sus formas gramaticales, descuidando bastante la comparación de las raíces... El error de la antigua escuela, y en efecto, el descuido de la gramática, forma esencial de las lenguas para seguir la vía de la etimología, *vía engañosa* ciertamente, porque de la identidad de algunas raíces en varias lenguas, que puede ser producto de un encuentro fortuito ó de extractos hechos de unas á otras, no podría concluir de una manera exacta nada respecto á la afinidad de aquéllas.

55. Muchas de estas voces han sido ya indicadas por don Agustín Pascual como de origen germánico. Advierte Capmany que la mayor parte son comunes al francés y al italiano.

56. THEATRO CRÍTICO.—*Discurso XV.*—*Paralelo de las lenguas.*

57. Barrón no halló en ninguna lengua (inglesa, italiana ni francesa) voz que signifique lo que la castellana *desenvoltura*; y aquí estamos tan sobrados—dice el Padre Feijoo—que pare significar lo mismo tenemos otras dos voces: *despejo* y *desembarazo*.

58. También escribió su célebre *Traducción española de Tácito*, que en nada desmerece del original.

59. No aludimos á nuestro tiernísimo *Petrarca español*, pues si bien hay que considerarle y admirarle como reformista de la poesía castellana, introdujo en ella el gusto italiano, y aun cuando enriqueció el idioma con un considerable caudal de *nuevas* voces, pecó en este concepio; preciso es, no obstante, absolver al egregio poeta, tanto más, cuanto que en poesía puede admitirse tales libertades, ya que se admiten licencias imposibles en sinnúmero de casos.

60. Véase el lindísimo libro de D. Abdón de Paz titulado *Antes de Jesucristo*.

61. *Observaciones sobre la lengua castellana.*—Estudios filológicos.

62. *Primer Diccionario general etimológico de la lengua española*, tomo I, 1880.—Roque Barcia.
63. *El Renacimiento*.—Discursos pronunciados en el Ateneo Mercantil de Madrid, 1871.—Faustino Sancho y Gil.
64. *¡Cómpluto!* (Alcalá de Henares).—Madrid, 1894.—Javier Soravilla.
65. *Reseña de la literatura española*.—Roque Barca, D. E., 1881.
66. *Specula Physico - Matemático - Historica*. — Tabla T II.—Feijoo.
67. Góngora fué aquel poeta que al describir dos fuentes que salían de una roca dijo eran *ojos fugitivos que humedecían pestañas de jazmines y claveles*.
68. Moratín alude á Quevedo en LECCIÓN POÉTICA, *Contra los vicios introducidos en la poesía castellana*, en los siguientes endecasílabos:

Pronuncia con desdén sonoro hielo.

—
*Nada golfos de luz ardiente y pura,
En crespá tempestad del oro undoso, y*

—
Relámpagos de risa carmesíes.

—
Refiriéndose á Gerardo Lobo, cita los siguientes endecasílabos:

*Se lava el corazón; y el agua arroja
Por los tersos balcones de los ojos.*

Y acerca de Silveira y Villamediana copia:

*Reciprocando aspectos cintilantes y
De flébiles ancilas repetidas.*

Obras de D. Leandro Moratín.—Poesías sueltas.—Biblioteca de Autores españoles.

69. Véase la Epístola VII, *A. Andrés*, incluida en sus poesías sueltas.—Biblioteca de Autores Españoles antes citada.

JAVIER SORAVILLA.

(Continuará).



LAMBERTITO ⁽¹⁾

Para Julián aquella situación se hacía insostenible; en su ánimo se estaba librando una batalla que en su honradez no podía ocultar á la penetración de Alfonso, que podía estrecharle y tener que cantar de plano cuanto ocurría. Levantóse rápidamente y dijo:

—Vaya, señorito, me marchó, pues si no lo hago me vuelve usted los sesos con sus razonamientos, que me hacen no sé... qué efecto que me pone carne de gallina. Sí, señor, esos males sociales me ponen en guardia y era capaz de creer que todos somos unos pillos, que yo engaño á usted, que usted engaña á D.^a Luisa, que Rosario me engaña, que yo engaño... francamente, señorito Alfonso, que no sé lo que me digo, ni lo que hablo, ni lo que pienso, ni lo que deseo, ni... vamos, que estoy loco.

Alfonso se reía con las palabras de Julián y ninguna impresión le hizo ni demostró al escuchar aquello de que engañaba á Luisa y cuanto con intención decía de probar á Alfonso.

—Vamos, pobre Julián, más vale que pienses así y continúes creyendo que el mundo es tal cual tú lo imaginas. No

(1) Véase la página 630 del tomo anterior.

pienses mal; vale más que te digan tonto ó inocente que pillo y mal pensado; sigue en esa textura, pues nunca el hombre honrado debe pensar mal.

—Tiene usted razón: debemos creer honrado á todo hombre honrado y bueno; pero cuando veamos que estamos en el error, ¿debemos creerle bueno cuando la evidencia nos demuestra lo contrario, cuando tenemos pruebas contra él?

—No: cuando la evidencia nos demuestre que un hombre no es bueno, cuando de ello tengamos pruebas, entonces no se lo echaremos en cara, pero nos apartaremos de su lado, sin vejarle ni ofenderle, pues Dios nos manda perdonar lo mismo que él perdonó y perdona.

Julián tendió la mano en busca de la que le alargaba el marqués, estrechándola y despidiéndose medio confuso y atortolado, y sin saber qué pensar en aquella contraposición de afectos que solicitaban su corazón. Cual el péndulo, oscilaba entre la duda y la evidencia, entre el bien y el mal, es decir, entre creer un bandido al marqués ó tenerle por hombre de bien.

Salió de casa del marqués y, tomando por la calle de Serranos, se encaminó por la calle de Caballeros en demanda de la capilla de la Patrona de la ciudad para implorar le iluminase en aquella enredada madeja de dudas, sospechas, engaños ó traiciones. Si era cierto lo del anónimo, Luisa se lo diría, le preguntaría, desearía saber qué había en aquella delación; ¿y qué decirle entonces? Confesar sus dudas, decirle el resultado de su espionaje, las pruebas que eran hechos que él había visto, ¿cómo negarlo? Pero ¿cómo afirmar un juicio y un fallo sobre la conducta equívoca de Alfonso cuando éste no negaba la amistad legal, la protección á aquella mujer, de quien antes que fallar acerca de su conducta era necesario saber quién era y cuál el concepto que de los vecinos merecía? Verdaderamente la situación era difícil para el pobre marinero y temía encontrarse con la señorita no sabiendo qué partido adoptar. Decirle que el hecho era cierto, según las pruebas que él se había proporcionado, era matarla; negar la verdad del hecho era hacerse cómplice en el engaño de la pobre joven y perder el concepto que tenían

formado de su honradez sus protectores. ¿Qué hacer? Esto le pedía á la Virgen: iluminara su entendimiento para poder cumplir con los deberes que el agradecimiento le impulsaba para con sus protectores.

Largo rato permaneció en un oscuro rincón de la capilla y clavados sus ojos en el santo simulacro, estando largo espacio sin pestañear, deslumbrado con el fulgor de las luces de la pedrería que adorna á la Señora, á la Patrona de los valencianos. Pidió con fe, con verdadero fervor, y cuando, cerrando ya la noche tras un día espléndido, salía de la capilla, parecía más tranquilo, más sosegado su ánimo, fortalecido con la oración y la plegaria.

Tranquilo se dirigía en demanda del apeadero de los tranvías, cuando pasando por el andén de las Acacias, en la glorieta, se encontró con Lamberto, paseando con un anciano sacerdote. Julián les saludó respetuosamente. Lamberto le miró y dijo para sí:

—Anda, que no me equivocaría de dónde vienes; pero la espina la llevas clavada y me sirves que ni pintado para el objeto; y pide no te empapele en un juzgado si no me obedeces ciegamente en lo que desde la sombra te mande, como persona honrada.

Julián siguió su camino y, encaramándose á un imperial, se dirigió á su casa. Llegó, y en ella encontró á Rosario y su tía charlando tranquilamente en la puerta del almacén.

—Julián, la señorita me ha encargado que mañana, cuando puedas, te pases; tiene que hacerte un encargo.

Julián no contestó, y un sudor frío corrió por su cuerpo; lo sabía ya, había recibido el anónimo.

Nada dijo, y sentándose al lado de Rosario, se hizo el indiferente y emprendieron su enamorado parlamento.

XXV

PLANES DESBARATADOS

—Ante todo, Julián, te pido una cosa que tú, cristiano y hombre honrado, no me negarás, y con ello demostrarás que eres digno de la estimación de todos nosotros y cumplirás

con un deber de cariño, pues como á hermano sabes que te trato y quiero.

—Señorita, ya sabe usted que Julián no sabe mentir; pero no me pida usted imposibles, pues entonces no sé lo que haré; el deber impone, el cariño obliga, pero el sacrificio entre el cariño y la amistad es muy duro; eso sería superior á mis fuerzas.

—¿De suerte que por no descubrir el mal lo ocultarías, te harías cómplice de él? ¿Serías capaz de ello? Julián, no te engañes á ti mismo, pues me lo indican tus palabras, tu incertidumbre y falta de seguridad en tu misma expresión. Estoy segura de que me dirás la verdad, de que nada me ocultarás. Sí, sí, y no muevas la cabeza, te conozco.

Julián no contestó; bajó la cabeza como anonadado, y esperó.

—Tú has recibido un anónimo de una persona honrada...

—Señorita...

—Sí, lo sé, porque en otro me lo dicen, y que tú has espionado á Alfonso y que tú me dirás el resultado de tu espionaje. Cosa que no he creído, pues sé que eres incapaz de tal felonía con un amigo que te quiere.

Julián no contestó; avergonzado de su acción, no pudo ni supo desmentir aquel aserto.

—¿De suerte que es cierto? ¿Te has dejado envenenar por una cobarde y villana delación?

—Sí, señora, sí; confieso mi pecado; lo he hecho guiado por el cariño que á usted profeso y porque me dolía en el alma ser cómplice de quien á usted la engañara. Su afecto antes que todas las amistades y agradecimientos. Por eso he sido espía, he sido cómplice del delator anónimo, y lo fuera cien veces por usted; por usted y su familia sería hasta asesino de quien pretendiera engañarles.

—Bien sabía el autor del anónimo con quién daba, y con ello envenenar tu corazón, sembrar la duda y amargar tu existencia; pero supongo que tu espionaje te habrá dado la certidumbre del engaño, de lo vil de la calumnia.

—Señorita... no, que la evidencia me ha demostrado que...

—Lo sé: que Alfonso visita una casa en cierta calle, á una

mujer joven y viuda, que le ha regalado á Alfonso un hermoso crucifijo de marfil que tiene y enseña en su despacho, que la protege y favorece mucho y que nos la ha presentado y viene aquí á casa. ¿Es verdad todo ello?

Julián miraba como asustado á Luisa y no se atrevía á contestar, viendo que aquélla conocía todo cuanto á él le había costado cobarde espionaje, y la tranquilidad con que la joven relataba aquellos detalles le asustaba.

—¿Es cierto cuanto te digo?

—Sí, señora; todo ello es cierto; he visto el crucifijo, he visto á esa mujer...

—Permite: á esa señora.

—Bien, á esa señora; le he visto en casa de la indicada y acariciar á los niños y darle á esa señora unos billetes de Banco. Sí, señora; lo vi por una rendija de la puerta.

—¿Y hasta tal punto llegaste?

—Sí, señora; estoy confesándome con usted y nada debo ni puedo callar; sépalo usted todo, y si al saberlo me dice usted que los hechos son ciertos, pero no la sospecha, entonces quedo tranquilo, pues la mentira y la calumnia no han prosperado, y el calumniador es un vil, un canalla.

—Es verdad; un canalla quien, valiéndose del anónimo, ha querido envenenar tu alma y la mía y deshonestar á Alfonso, que se echó á reír en cuanto lo supo.

—Pero... ¿el... marqués lo sabe?

—Sí; en cuanto recibí el anónimo se lo entregué para que lo leyese. ¿Podía yo ocultárselo? Hubiera obrado cobardemente ocultándole la delación.

—¿De manera que el marqués sabe que yo he recibido también los anónimos? ¿Qué dirá de mí! Me llamará infame y tan villano como el delator.

—El marqués no te dirá nada. El marqués te conoce y sabe que tú no eres malo, sabe que eres un corazón entero, pero á quien, como en esta ocasión, te pueden engañar las apariencias.

—Gracias, gracias mil, señorita. ¿De suerte que todo es falso, que el señorito no la engaña y que esa señora no tiene nada por qué bajar la cara?

—Esa señora es la viuda de un juez á quien estaban explotando unos bandidos y á la que Alfonso, por una casualidad, digo mal, la Providencia, puso en su camino para salvarla de aquellos usureros; la ha sacado de la miseria, y talvez los autores del anónimo sean los mismos á quienes se les ha quitado la presa de entre las uñas, y para vengarse se han valido del anónimo, de la calumnia para sembrar entre todos nosotros la desconfianza y el odio. ¿Qué les importa á ellos la calumnia, la desgracia que pueda sobrevenir? Quien hiere en la sombra es un cobarde, y nunca el cobarde fué autor de nada noble ni elevado, ni la cobardía produjo héroes. Así es que lanzaron esa piedra, que únicamente ha herido á ti, que caíste en el cebo que te pusieron.

—Es verdad que solo soy el culpable, y únicamente lo que deseo ahora es saber quiénes son esos viles para buscarlos y reparar mi falta. Sí, dígame usted el nombre de esos hombres para arrancarles la lengua y las manos con que han lanzado esas calumnias y darles el castigo.

—No, eso no lo harás; además, que yo tampoco sé quiénes sean, ni Alfonso querrá decírtelo, aun cuando creo que tampoco lo sabe, ni procurará averiguarlo; sería dar una importancia á los anónimos que no merecen y con ello se bañarían los autores en agua de rosas. El desprecio es el arma mejor para hundirles en su propia villanía.

—¿Y hay que dejarles sin castigo, sin cortarles las manos?

—Sí; hay un juez, que no eres tú quien los ha de juzgar, y á él le compete el castigo. Ahora ya estás convencido y voy á presentarte á D.^a Matilde, á la señora que visitaba Alfonso y que ahora nos visita á nosotros y la tenemos en nuestra compañía durante las horas que los niños permanecen en el colegio.

Y levantándose hizo seña á Julián de que la siguiera, y abriendo la puerta de la galería del jardín salieron, encontrándose con Matilde que, sentada ante un bastidor, se hallaba bordando un precioso escudo de adorno con las letras de Luisa y su apellido enlazadas artísticamente.

—Matilde, tengo el gusto de presentarle á usted á un amigo muy querido y estimado de Alfonso, Julián, de quien

ha oído usted hablar algunas veces. Este buen amigo también ha sido víctima del anónimo, y, corazón sencillo, cayó en la red, espiándolos á usted y á Alfonso hasta en su propia casa.

Julián, avergonzado, colorado como una cereza y con la vista baja, no supo qué contestar.

—Señora... ¿yo qué he decir á usted? Pedirle perdón y suplicarle un favor si usted me perdona.

—Está usted perdonado, y en señal de amistad estreche usted mi mano y déjeme estrechar la suya.

Julián tendió la suya y estrechó la de la viuda.

—¿Conque me perdona usted?

—Sí, perdonado y olvidado todo cuanto usted pudo pensar mal de mí.

—Pues ahora soy yo el que pido un favor que no me negará.

—Concedido.

—No; yo se lo prohibo á usted, Matilde: no le conceda usted.

—¿Y por qué no, señorita Luisa?

—Porque sé lo que vas á pedirle á Matilde. El nombre del usurero, ¿no es eso?

—Sí, señora—balbuceo el marino.

—¡Ah! Eso no—replicó Matilde;—sé lo que usted, mejor dicho, adivino lo que usted querría hacer, y eso no, no puedo concederlo.

—¿Las dos lo mismo? Yo lo averiguaré de D. Alfonso; él, como hombre, me ayudará á vengar su honor.

—No lo hará, pues en ese caso á quien exigiría reparación sería á tí, que dudaste de su nobleza y sentimientos cristianos al creerle capaz de engañarme y en dudar de la honradez de Matilde. De los autores del anónimo no tiene que vengarse, ni pedir reparación; las blasfemias, como las calumnias, nunca salen del fango en el que se revuelca el que las pronuncia y las inventa; buscar la suciedad es contaminarse con ella.

—Nada, Julián, que no puede usted hacer nada sino estrechar la mano de D. Alfonso, de su amigo, que le quiere de

corazón y á quien debe corresponderle de igual suerte.

Julián nada contestó: ¿ni qué decir á aquellas razones? Quedó tranquilo, pero allá en su interior prometió buscar al autor de la calumnia y darle el castigo merecido.

—Siéntate y haznos un rato de compañía si tus ocupaciones no te llaman al deber; si es así, vete, y si no dinos algo de Rosario, á quien no hemos visto hace unos días. ¿Es cierto que Ramón viene con licencia por enfermo?

—Eso me dijo anteayer por carta que había recibido el día antes; y siento, señorita, que venga, pues ha de ser un impedimento para nuestra boda, dada la oposición que siempre me ha hecho, y teniendo en cuenta su carácter rencoroso.

—No temas: ante la protección de mi padre no hará nada, se callará, y si se opusiese, como dijo mi padre, le cortaré los pasos, dado el influjo que sobre él tiene.

—Ya estaríamos casados cuando llegara, pero ni Rosario ni yo queremos adelantarnos á usted; queremos tener el orgullo y la alegría de que la bendición del Señor caiga sobre nosotros cuatro el mismo día, y si tardarán ustedes cien años en casarse, los mismos, si Dios nos diere vida, esperaríamos.

—Pero esa es una idea tenaz que se os ha metido en la cabeza y que agradecemos mucho; pero siendo Alfonso y yo, como os hemos prometido, los padrinos, hubierais podido asistir ya casados á nuestra boda.

—Nada, señorita, un mes más nada importa, y ese gusto no queremos que nos lo prive nadie.

—¿De suerte—añadió Matilde—que tendremos doble boda?

—Ese es el proyecto, y que, Dios mediante, realizaremos.

—¿Supongo que esta noche verás á Rosario? Dile que la espero, pues estos días necesito mucho de su ayuda; me ha de servir aquí para adelantar lo que me resta y ella tiene comenzado.

Como ya el reloj había dado las dos y era la hora de retirada de D. Rafael, éste se presentó ante la reunión.

—¡Hola, hola! Cónclave de mujeres y vinateros; palabras

y alegría con muchos cuartos. Estos exportadores están hoy convertidos en los dueños del dinero; y antes se decía rico como un Creso, pero hoy debemos decir rico como un vinatoro ó bodeguero, que suena mejor. Y qué, ¿va bien el negocio, Julianete?

—Muy bien, Sr. D. Rafael; mucho trabajo y mucho pan para los pobres, que con este movimiento no les falta jornal ni alegría en sus casas.

—Eso es lo bueno, que todo el mundo viva, que haya ocupación y nadie se entretenga en jugar ni en escribir anónimos, ¿verdad?

—Y tanto, señor; pero no tiene la culpa quien los escribe sino quien no deja que á los que tal hacen los revienten para que no vuelvan á hacerlo.

—¡Anda, éste respira por la herida! Calla, no parece sino que también te hayan pisado.

—Harto lo sabe usted, señor. Y la culpa la tiene la señorita Luisa, que me ata las manos. ¡Ah, si no fuera por eso!

—¿Qué harías? ¿Ir á meterte en el lodazal para buscar al que se esconde en la basura? Calla, majadero, y dispensa que así te trate.

—Usted es mi padre y puede tratarme como quiera, sin ofensa para mí. Pero ya sabría el autor, en cuanto le echara la vista encima, qué gusto tiene la carne de palma, nada más, ó la dureza de una punta de bota.

—Así, así, valiente. Pero ven aquí, muchacho, ¿cómo puedes probar quién es el autor? Sospecharás; pero por sospechas, cuando no tienen fundamento sólido, ¿quién castiga? Deja al tiempo, que es el gran descubridor de verdades, y no seas precipitado. Confiesa que has sido un inocente al caer en el lazo que te tendieron con el solo objeto de poner mal entre Luisa y Alfonso, buscándote como instrumento.

—Tiene usted razón, D. Refael, callaré porque usted me lo manda, pero lo que es por dejar de inquirir y husmear no quedará; no cedo, y ó he de poder poco, ó Julián encuentra al autor de la calumnia ó he de valer poco.

—Bueno, estoy conforme, pero déjate de bravatas y á casarte pronto, que con el matrimonio se te olvidarán esos

alardes quijotescos. Así, ¿eh? Convenido, y si quieres te quedas á comer con nosotros.

—No, señor; me marchó para saborear la tranquilidad que me han hecho caer ustedes en el corazón después de unos días crueles que he pasado en la duda y, lo que es más vergonzoso, en espiar á D. Alfonso y á esa señora. Me han perdonado todos ustedes, pero... aún no me marchó completamente tranquilo, aún me queda allá en el fondo del alma así como un escozor. Aún me parece que no se han de fiar de mí.

—Anda á la calle, si no comes con nosotros, y déjate de tonterías. Conque lo dicho, ó comes ó te largas, y soy yo quien te despide.

Julián se echó á reir, y tomando la mano de D. Rafael se despidió muy alegremente. Al salir de la galería tropezó con D.^a Carolina, que venía en busca de la familia.

—Pero ¿salís á comer hoy ó mañana? ¡Ah! ¿Ahí estabas tú?

—Sí, señora, y ya me marchó, pues hartó los he entretenido.

—¿Sí? Pues carga tú con la culpa. ¿Ya has dicho el *Yo pecador*?

—Sí, señora; y me han absuelto, yéndome ahora muy tranquilo y satisfecho. Coman ustedes de buena gana, y hasta otro rato.

—¿No comes con nosotros?

—No, señora; me voy á saborear la tranquilidad á mi casa y abrazar á mi madre, que nada sabía ni sabe del triste papel que ha hecho su hijo en esta ocasión. Pásenlo bien todos ustedes.

—Dios te acompañe—respondieron Carolina y Rafael á su saludo.

Julián salió á la calle, que parecíale estrecha para respirar su alegría, su tranquilidad de conciencia al ver que todo había sido una calumnia, y que la más completa tranquilidad reinaba entre la familia, y que la piedra del escándalo, Matilde, estaba entre ellos protegida y considerada por la que él consideraba víctima del engaño y la traición.

Cruzaba la plazuela del Patriarca, con ánimo de ir en busca de Alfonso, cuando en medio del bullicioso tropel de los estudiantes que en aquel momento salían de las últimas clases oyó una voz que le llamaba por su nombre. Se detuvo y vió á Alfonso en la puerta de la Universidad por la que salen los profesores, conversando con otro catedrático joven, de negro bigote graciosamente doblado y calzados los lentes de oro.

Se detuvo, y pocos momentos después el marqués se dirigía en demanda de Julián que, arrimado á la portada de la iglesia, contemplaba los animados grupos de los estudiantes que, con animada conversación y cultas bromas, se despedían y cruzaban en direcciones opuestas.

—En busca de usted me encaminaba á su casa, señorito.

—Te ahorras el viaje, muchacho. ¿Y cómo vamos de mi espionaje? ¿Entro ó salgo tarde en mi casa y la de la viuda? ¡Ja, ja! ¡Pobre Julián!

—Sí, señor, sí; no pobre, sino animal de Julián, que cayó en el garlito de la calumnia, y tan criminal que no merece el perdón de ninguno de ustedes. Pero ¡qué quiere usted! estimo y quiero tanto á los señores y á la señorita Luisa, que, francamente, toda ofensa á ella es una herida de muerte para mí. Créalo usted, D. Alfonso: le quiero, le estimo, le respeto á usted con toda mi alma, le soy agradecido, sí; pero si yo viera que usted la engañaba, que era traidor y falso á su cariño, ¡ah! entonces, entonces...

—¿Qué hubieras hecho?

—La verdad, entonces le mato; sí, le mato á usted porque antes había asesinado la dicha de mi señorita Luisa, que es mi hermana; quien asesinaba su alma y cándido corazón no merecía otra cosa.

—Dame un abrazo; así te quiero, noble y leal: eres sincero, y esa franqueza y lealtad para mí no tiene precio. Te conozco lo bastante para reirme como me reí del anónimo y de tu espionaje. Como mi conciencia estaba tranquila, aquella burda madeja me hizo reir grandemente, y los papás de Luisa y ella misma dijeron que aquello era un triste recurso de comedia, pero de mala confección, y el decir que

tú estabas enterado de todo fué la condenación más completa para aquella falsedad, para semejante calumnia.

—De modo que usted no está incomodado con este pobre pelele, que cobardemente le ha seguido los pasos y hasta... ¡fuera vergüenza! mirado por una rendija de la puerta de la habitación de D.^a Matilde, viéndole dar unos billetes y besar á los niños.

—¡Pobre Julián! ¡Cómo te han toreado y se han divertido con tu inocencia! ¿Crees tú que no hay más medios de ocultar el crimen que los por mí empleados? ¿Crees tú que entraría en mi casa una mujer de tal índole para que, aperciéndose los criados, fueran ellos los trompetas de mi des crédito? ¿Crees tú que hubiera yo entrado en una casa como la de aquella señora, en donde á los vecinos les había de llamar la atención mi porte y ser todos ellos espías de mis pasos y trompetas de mis líos con aquella mujer? Hay muchos medios para ocultar las faltas, y esos no estaban al alcance de mis calumniadores, harto estúpidos para saber lo que es el mundo.

—¿Luego usted sabe quién es el calumniador? Dígamelo usted, yo se lo suplico.

—Sospecho, pero no puedo decirlo. Cuando tenga pruebas, cuando la convicción entre en mi ánimo, entonces, sí, te lo diré para que te guardes de ellos.

—Y para arrancarles las manos ó la lengua.

—¿Sí? Pues entonces no lo sabrás nunca. No te lo diré.

—Pues hará usted muy mal; tomar justicia en este asunto á nadie le compete más que á mí.

—Justo: soy yo el herido y tú te pones la venda. Anda, anda y no seas inocente. Yo te perdono, digo mal, en el pecado has llevado la penitencia, y no tengo nada más que decirte sino que el domingo es nuestra última y tercera canónica monición y que tú te hallas en el mismo caso. Conque á prepararte y ánimo, sin hacer caso de lo pasado.

—¿Y sabe usted que Ramón va á venir en uno de estos días con licencia?

—¿Y que? Mejor, asistirá á la boda.

—¡Hum! señorito, que me temo alguna barrabasada; es

muy obcecado y para él no hay razones ni se le puede convencer en nada.

—Bueno, déjalo eso al cuidado de D. Rafael, que él le meterá en cintura si quiere hacer el cachalote. Además, la tía Martina tampoco me parece que le tiene miedo, y entre unos y otros ya le domesticaremos.

—Algo difícil me parece, pero en fin, lo que Dios quiera.

—Anda, que siempre pareces un cuervo. Para que haya otra ave de mal agüero como tú, es necesario buscarla con candil.

—Bueno; yo tranquilo si ustedes me dicen que lo esté; lo demás, él ni el mundo entero me importa nada, teniendo el apoyo y el cariño de ustedes todos.

—Y ése nunca te faltará mientras continúes siendo un hombre honrado, sin creerte de quien te quiera engañar y envenenar el alma con la duda. Son las dos y media. ¿Te vienes á comer?

—No, señor, me vuelvo á la obligación.

—Vaya, dame la mano y amigos como siempre.

—¿No se acordará usted nunca de mi mala acción?

—Jamás, yo no olvido los favores, pero las ofensas se borran en seguida de mi memoria. Adiós y expresiones, recuerdos á Rosario y tu madre.

Separáronse y Julián volvió rápidamente sobre sus pasos, encaminándose al almacén, en el que se notaba, no sólo por su madre, sino por los dependientes, su ausencia, ausencia á la que no estaban acostumbrados. Hasta la pobre anciana había salido diferentes veces del almacén en su busca y se había alejado por las sendas creyendo si le habría ocurrido alguna desgracia.

Cerca de las cuatro Julián entraba en su casa, llenando de alegría á la pobre vieja y á los dependientes, que ya entre sí se distribuían por grupos con ánimo de ir á buscarle.

—¿Dónde has estado, hijo mío?

—Madre, en una ocupación que me ha devuelto la tranquilidad al alma.

—Aquí todos buscándote.

PERENECE A LA BIBLIOTECA DE DON BARRCO

—Sí, lo comprendo: como es rara mi ausencia durante las horas de trabajo, por eso les llama la atención.

XXVI

CAMBIO DE PUNTERÍA

Ya todo estaba preparado para las bodas. Habíase señalado día, el 8 del siguiente mes; faltaban aún doce días y la alegría reinaba entre la familia y los amigos. Algunos regalos habían penetrado como avanzadas en casa de Luisa, como los aislados trinos de los pájaros anuncian la llegada del día.

Nada se había dispuesto en la casa de Alfonso que le quitara aquel carácter de antigüedad y plácida tranquilidad que respiraban todas las habitaciones. El dormitorio le había dispuesto el marqués en las habitaciones del Mediodía con hermoso balcón al jardín, y cuyas plantas trepadoras, jazmines, rosales y campanillas formaban una cortina cuyas hojas tamizaban la luz con un tono de un verde tan suave como perfumado con las dulces emanaciones del jazmín y la rosa. El tapizado de las paredes de un tono azul de agua, y los muebles de nogal viejo oscuro y con agradables y simpáticos tonos; alfombra de pálidos colores y cortinas azules cual el tapizado, con grandes flecos y borlones negros, daban un aspecto de tranquila y reposada dicha á aquel nido oculto en la enramada del jardín, que el bueno de D. Rafael decía que en aquella habitación sobraba la cama y faltaban ramas para dormir como los pájaros.

Alfonso, en quien el buen gusto era tan perfecto como su enemiga del lujo, de ese lujo estrepitoso que trasciende á burgués á media legua, gusto improvisado como muchas fortunas que no han podido á pesar de sus millones despojarse de los hábitos plebeyos y de su entusiasmo por las sederías, los terciopelos, los dorados y los colores chillones, había dispuesto aquel sencillo y elegante nido en el que pensaba encerrar la dicha que le esperaba en su nuevo estado

y al lado de la dulce compañera de su vida, su adorada Luisa.

Por parte de sus amigos, Alfonso también comenzaba á recibir obsequios, y entre ellos figuraba un escudo lleno de armas cortas antiguas de raro mérito arqueológico. Todo conspiraba á la felicidad, y cada día que se pasaba ponía más al alcance de los enamorados el logro de su felicidad. También se terminaban los arreglos en la casa de Julián, terminando la modesta instalación de la casita que en la fábrica había de ser el nido de sus amores, y con gusto en su modestia, pues á ambos jóvenes no les faltaba el sentimiento del arte.

Ramón, á quien esperaban, llegó una mañana de improviso, sorprendiendo á su tía y hermana, á quienes ninguna gracia hizo la llegada de aquel hombre que no creían había de contribuir á la alegría que embargaba el ánimo de todos ellos.

Frío fué el recibimiento que se le hizo, no por falta de cariño, sino por el temor que sus rencores les inspiraban á todos ellos. Al enterarse del curso de aquellos amores, á pesar de la oposición que había hecho, levantó los hombros como con indiferencia, y con una indiferencia que si no los alegró, cuando menos devolvió la tranquilidad al ánimo de las pobres mujeres y casi lo reconcilió con Julián, que no le miraba ya con antipatía, nacida de su carácter receloso y suspicaz.

Ramón venía realmente enfermo de una gastralgia que había vuelto más amarillo y pálido su verdoso semblante y agriado su carácter repulsivo; se había hecho reconcentrado, silencioso y enemigo de conversación y de hablar con nadie.

Los médicos de la armada le habían enviado con licencia para su curación, comprendiendo que aquélla sería larga y de resultados tal vez tristes para el pobre marinero, que no encontraba alivio en sus acerbos dolores, que le producían violentas crisis que ponían en peligro su vida sin hallar mejoramiento ni aun con la tranquilidad y el cuidado de su hermana y tía. Salía muy poco de casa, y si lo hacía era

para dirigirse al puerto, en donde, sentado en las peñas de la escollera, se pasaba horas tras horas contemplando las movibles olas que venían á morir á sus pies con blancas franjas de brillante espuma.

Así se pasaron algunos días: en uno de ellos, Ramón recibió una carta, abrióla lentamente y leyó, sin dar muestras de alegría ni de emoción. Terminada la lectura, largó una mirada tan triste como melancólica á las dos mujeres, que cosían junto á la puerta; sonrióse tristemente, y después de doblar cuidadosamente la carta, la guardó en el bolsillo interior de la chaqueta.

—¿Te escribe algún amigo?—preguntó la tía.

—Sí, de un compañero que se interesa por mi salud. Hay amigos que le tienen á uno más estimación que los parientes.

—Es verdad; hay muy buenos amigos, y su aprecio le debemos estimar en mucho.

—Vaya, ¡cómo que aun estiman ellos más no sólo la amistad, sino nuestro honor, que muchas veces los de la familia suelen arrojar á la calle!

Las mujeres se miraron como preguntándose: ¿qué dice y á que viene eso? Pero nada dijeron ni preguntaron al enfermo marino que, repicando los dedos, se metió en su cuarto cerrando la puerta.

—Vamos, buenas noticias habrá recibido cuando tan contento le ha puesto la cartita. ¿Qué apostamos á que salimos con algún noviazgo de tu hermano allá en Cartagena?

—Bien puede ser; pero me parece que no está su salud para andar en amores, y mucho menos atendiendo á su carácter.

—Mira, Rosario, déjate de caracteres y cuenta que cuando el corazón llega á hablar, aun los más retraídos se vuelven amables y complacientes. Quién sabe si esa mujer le habrá cambiado en su manera de pensar y obrar.

—Lo cierto es que él nada ha dicho ni preguntado acerca de Julián, y por lo contrario, si no está amable con él, por lo menos no le presenta aquel gesto agresivo con que le recibía antes.

Divagaban así las dos mujeres en conjeturas y como de-

seando saber qué era lo que en el ánimo de su hermano ocurría, cuando hasta complaciente y alegre con ella y con su tía se mostraba. Nadie sospechaba de aquella complacencia ficticia y andaban, hasta el mismo Julián, satisfechos con aquella transformación y sus continuas idas á Valencia, en las que se pasaba largas horas.

Rosario, días enteros, por su parte, los pasaba en casa de Luisa, y allí ambas terminaban las ropas y acompañaba á la señorita en algunas compras. Por otra parte, Matilde había caído enferma; una afección hasta entonces latente se había manifestado por aquellos días, hija de los sufrimientos que había experimentado en la triste situación á que había venido á parar la pobre señora después de la muerte de su esposo. Aquellos sufrimientos en una naturaleza endeble, combatida por el hambre y la miseria, se resintió con una tos seca y bronca, que hizo torcer de una manera nada tranquilizadora la cabeza al Dr. Machí, que la reconoció por encargo de los Sres. de Alloza: vió una afección terrible, de esas que tantas víctimas producen en Valencia, y nada tranquilo quedó del examen de los pulmones de aquella pobre señora.

Con este motivo la modesta habitación de la viuda, que no había querido separarse de sus antiguos vecinos, honrados menestrales que en muchas ocasiones le habían auxiliado en sus necesidades, era frecuentada por Luisa, su madre y Rosario, que la acompañaban en largos espacios de tiempo, compartiendo con la sierva de María que la acompañaba algunas horas, que la enferma agradecía infinito. Lloraba la pobre señora su estado, y aun cuando fuera arrastrando les decía que iría á la casa el día de la boda, para ver llegar á los novios, y que le pedía á Dios la mejorase para poder salir de casa aquel día. Se lo prometieron y que enviarían por ella un caruaje y la pobre y agradecida Matilde quedó tranquila y contenta con aquella promesa.

Alfonso, por su parte, cumplía también con el deber de cristiano y caballero; sino fuera más que por este sentimiento y el compañerismo, hiciera lo mismo con cualquiera otra persona; pero aquí añadíase la simpatía que ha-

bía penetrado en su corazón al verla víctima de la sórdida avaricia de D. Raimundo y su compinche el abogado, que no había podido descubrir quién era. Así es que la habitación de Matilde veíase continuamente visitada por sus buenos amigos. Ya en el vecindario, de suyo curioso, no llamaban la atención las visitas del joven, que si en los primeros momentos pudieron parecerles sospechosas, la evidencia de que allí no había tapujos ni enredos les devolvió la indiferencia, saludando, y sin que él esquivara ni rehuyera aquellos saludos, al señor marqués, como decían y denominaban á Alfonso las buenas mujeres de los honrados menestrales que formaban la dotación de aquella casa, enclavada en un piélago de cuartitos de bajo precio que constituían aquel barrio obrero.

D. Raimundo, el *hombre de la levita verdosa*, como le designaban los vecinos, no había vuelto á aparecer por la casa, ni tampoco la *señora de los dientes*, ó la *espanta-muchachos*, como designaban otros á la cristiana señora D.^a Paca.

—Ya no hemos vuelto á ver por la casa á D.^a Paca Huesos—decía á Matilde, una mañana, la mujer de un tejedor que habitaba el cuarto fronterizo en el rellano.—¿Se ha desarmado aquel manojito de palillos? Pues lo que es morirse es imposible; se muere el que tiene vida, y aquella señora... ó la que fuese, la mantenía el hambre sin duda...

—No sé, Ramona: no la he vuelto á ver.

—Ya lo creo, ¿cómo había de venir ni rozarse con el señor marqués ni la señorita Luisa? Aquella señora no puede andar entre personas cristianas, por más que ella se las echara de muy católica, como siempre nos recalaba á las vecinas que la encontraban en la escalera.

—Mire usted, Ramona, déjela usted en paz y no se ocupe de ella para nada; es lo más y mejor que podemos hacer, y si ha muerto, Dios la haya acogido en su seno.

—Me parece eso algo difícil; no sé por qué se me antoja que á esa mujer la debe tener cogida el demonio por los dientes aquellos caballunos.

Es decir, que aquella señora hasta había sido antipática á los vecinos, que, á pesar de ignorar su vida la odiaban y les era

repulsiva y tal vez lo hubiera pasado mal, pues una castañera que vivía en el piso cuarto la conoció un día cuando ella subía, y como había sido víctima de su usura, prometió que el día que la encontrara en la escalera cerraba la puerta de la calle y entre ella y la peinadora del tercero, explotada también por aquélla, la daban una paliza y le arrancaban los dientes para que no pudiese ya morder á nadie. Y como lo decían lo hubieran hecho, y la prestamista católica lo hubiera pasado mal, si no deja de ir á la casa para chupar la sangre de la pobre Matilde, á quien comprendieron los vecinos que estaba explotando.

La confianza de Luisa en Alfonso al haberle enseñado el anónimo y la tranquilidad de conciencia de Alfonso y Matilde hizo que aquel golpe, que creían iba á ser la causa de la rotura y de un escándalo, no produjese más efecto que poner en sospechas á Julián, hacerle ser espía y el resultado final una nube de verano que pasó sin dejar más huella que el convencimiento de que había quien mal los quería y procuraba enemistar ó sembrar recelos y sospechas entre ellos con el fin de empañar su felicidad.

JOAQUÍN CASAÑ.

(Continuará.)





BOLETÍN BIBLIOGRAFICO (1)

Le Socialisme au XVIII^e siècle. Estudio de las ideas socialistas en los escritores franceses del siglo XVIII anteriores á la Revolución, por A. LICHTENBERGER, doctor en Letras.—París, Félix Alcan, editor, 1895.—En 4.º, VIII-468 páginas: 7,50 francos.

Atiéndose el autor estrictamente al sentido económico y social de la palabra socialismo. Llama socialistas á los escritores del siglo XVIII que, en nombre del poder del Estado y en sentido igualitario ó comunista, criticaron ó procuraron modificar ó echar á tierra la organización tradicional de la propiedad y de la riqueza.

Partiendo de esa definición, el Sr. Lichtenberger se ha propuesto escribir la historia de los precursores directos de las ideas socialistas en el siglo XVIII. Cronológicamente concluye en la apertura de los Estados generales. La crítica que por aquel entonces se hizo de la propiedad y de la desigualdad fué muy enérgica y en varios particulares más exagerada que la hecha por los socialistas de nuestros días. Sin

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares.

embargo; es antes que nada especulativa, y las reformas que se proponen se inspiran principalmente en conceptos morales, en la imitación de la antigüedad y en las costumbres del antiguo régimen.

De todas suertes, recordar que Rousseau y sus discípulos, que los enciclopedistas con su cortejo de filósofos, economistas y filántropos, influyeron por manera poderosa en las ideas socialistas de 1789 y después, basta por sí para que resulte interesante el asunto tratado por el Sr. Lichtenberger.

*
* *

Contos da terríña, por D. HERACLIO PÉREZ PLACER.—
Coruña, 1895.

Heraclio Pérez Placer ocupa en la actualidad lugar preferente en la vanguardia de la literatura gallega; autor ya de libros que son un timbre de gloria para Galicia, es uno de los jóvenes que más prometen para el porvenir literario de aquella hermosa región.

De esto que decimos es prueba irrecusable su último libro, *Contos da terríña*, libro en el cual, separándose de la *celto-manía*, que tan acres y justas censuras mereció á Leopoldo Pedreira, hace Placer alarde de sus notables dotes de escritor sentimental y colorista.

En *Contos da terríña* parece respirarse el ambiente oxigenado y salutífero de la feraz tierra orensana, patria del autor; las descripciones son brillantes y animadas, y el estilo limpio y esencialmente modernista. Descuellan en el tomo, por lo interesantes, los cuentos *A bó zorro*, *mellov can*, graciosísimo estudio de la socarronería que caracteriza al aldeano gallego; *Velliña, miña velliña!*, delicada historia en que el autor describe con mucho sentimiento el afecto maternal; *A festa das fadas*, en que hace alarde de una inspiración poderosa; *Chinita*, *O xeneral*, *A riada*, *Avelaiñas...* y otros que sería prolijo enumerar.

*
* *

Les trois socialismes (*Anarquismo, Colectivismo, Reformismo*), por PABLO BOILLEY.—París, Félix Alcan, editor, 1895.—En 8.º, 477 páginas: 3,50 francos.

No se propone el autor hacer del socialismo una exposición analítica y detallada; trata de probar que el nombre de «socialismo» peca de vaguedad, y que gracias á esto parece que la teoría es una y homogénea, cuando es un conjunto híbrido de tres principios completamente opuestos. De los tres socialismos ha procurado el Sr. Boilley extraer la substancia, huyendo, en lo posible, de las obscuridades científicas. Traza un cuadro de conjunto, que sirve para juzgar cada teoría, conocer hasta dónde son aplicables y distinguir en qué cabe conciliar los tres socialismos y en qué, por el contrario, se acentúan sus discrepancias.

Puede considerarse que este libro completa los estudios de los Sres. Laveleye, Leroy-Beaulieu y otros. Desde que salieron á luz los trabajos de estos ingenios, el socialismo marxista sigue la dirección de la corriente democrática en Alemania, en Bélgica, en Francia, esto es, en donde quiera predomina el industrialismo. Tal cambio de dirección lo aprovecha el Sr. Boilley y añade á los trabajos puramente científicos de sus antecesores apreciaciones nuevas sobre el socialismo considerado como partido político y como fermento de agitación popular.

*
* *

Les lois de l'imitation. *Estudio sociológico*, por G. TARDE. Segunda edición.—París, Félix Alcan, editor, 1895.—En 4.º, XXIV-428 páginas: 7,50 francos.

Distínguese esta obra por su carácter original y por las opiniones personalísimas del autor, las cuales han llamado la atención de los sabios y conquistádole muchos adeptos. El Sr. Tarde aísla el aspecto puramente social de los hechos humanos, prescindiendo de lo que es en ellos simplemente

vital ó físico. Según él, todo consiste, socialmente, en iniciativas individuales imitadas. Esta fórmula se desenvuelve en leyes muy claras, en teoremas de lógica social, en consideraciones relativas á influencias de índole extralógica, que obran sobre la marcha de la imitación en concurso ó en conflicto. Indica rápidamente las aplicaciones sin número de esas leyes y consideraciones á los aspectos lingüístico, religioso, político, industrial ó económico, estético y moral de la vida de las sociedades. La obra se dirige á los sociólogos, economistas y psicólogos, principalmente, y también á los filósofos y sabios de diversas clases, y también á los políticos que busquen en teorías, fundadas en hechos, la solución de los problemas sociales que nos inquietan.

La *Logique sociale*, del mismo autor, publicada á principios de este año, es el desenvolvimiento y la aplicación de las mismas teorías, y puede considerarse que completa esta importante obra. Ambas pertenecen á la acreditada «Biblioteca de Filosofía Contemporánea».

*
* *

Psychologie des foules, por el DR. GUSTAVO LE BON.—
París, Félix Alcan, editor, 1895.—En 8.º, VII 200 páginas:
2,50 francos.

Las multitudes organizadas desempeñaron siempre papel importantísimo en la vida de los pueblos, pero nunca lo fué tanto como ahora. La acción inconsciente de las multitudes sustituyendo á la actividad consciente de los individuos, es una de las características principales de la edad actual.

El autor aborda el difícil problema de las multitudes con procedimientos exclusivamente científicos, es decir, con método, dejando aparte las opiniones, teorías y doctrinas. Comprueba la extraordinaria inferioridad mental de las multitudes, aun las asambleas de personas muy inteligentes, y declara que, no obstante esa inferioridad, sería peligroso tocar á su organización, porque no está en nuestra mano ha-

cer que los organismos sociales sufran transformaciones profundas. Sólo el tiempo posee tamaño poder.

No cabe duda de que las multitudes son siempre inconscientes, pero quizás estribe en esa inconsciencia uno de los secretos de su fuerza. En la naturaleza, los seres que proceden no más que por instinto, ejecutan actos cuya maravillosa complejidad nos asombra. Es muy nueva la razón para revelar las leyes de lo inconsciente, y sobre todo, para reemplazarlo. El Sr. Le Bon se ciñe á observar los fenómenos que nos son accesibles, sin extraviarse por el campo de las conjeturas vagas y de las meras hipótesis.

Fragmentos de este libro, publicados en la *Revue Scientifique*, han llamado vivamente la atención de todos hacia cuestiones que interesan en alto grado á la civilización y á la vida de los pueblos.

*
* *

Otras publicaciones.

Descripción física, geológica y minera de la provincia de Logroño, por D. Rafael Sánchez Lozano, ingeniero de minas.

Madrid, 1894. En 4.º, 548 páginas y varias láminas.— Importante obra, digna compañera de las que anteriormente ha dado á luz la Comisión del Mapa geológico de España.

Estadística administrativa de la contribución industrial y de comercio, 1890-91. Madrid, 1895. En 4.º, 490 páginas.— Detenido trabajo que honra á la Dirección general de Contribuciones é Impuestos.

Problemas agrícolas. Cereales de secano, por D. Fernando y D. Miguel Ortiz de Cañavate, ingenieros agrónomos. Madrid, 1895. En 8.º, 98 páginas: 2 pesetas.— Tema de interés que tratan con mucho acierto los autores.

Instituto provincial de Valencia. Memoria del curso de 1892 á 1893, escrita por el Dr. D. Emilio Ribera y Gómez, catedrático numerario y secretario. Valencia, 1895. En 4.º,

xi-54 páginas.—Se nota que, merced al celo de los profesores, son cada día más notables los frutos de la enseñanza; la matrícula ha aumentado en 55 individuos y 254 inscripciones con respecto al curso anterior.

Nociones de Historia natural, por D. Mariano Aguas Monreal, catedrático del Instituto de Badajoz. En 4.º, 80 páginas con 43 figuras.—Este doctísimo profesor, que hace cinco años publicó un excelente *Tratado elemental de Historia natural*, resume ahora esta importante asignatura en varios cuadros, siguiendo los preceptos del último plan de enseñanza.

Foi et Science, por el Marqués de Nadaillac. París, 1895. En 4.º, 39 páginas.—Con motivo de una obra que recientemente dió á luz el célebre político inglés Sr. Balfour, de la cual se ha hablado mucho, nuestro ilustre amigo el sabio Marqués de Nadaillac ha escrito un notable opúsculo, nuevo testimonio de sus grandes conocimientos y brillantísima defensa de la verdad de nuestra religión.

De Sevilla á Batalha. Excursión arqueológica é histórica, describiendo los pueblos más importantes por que pasa la línea de Sevilla á Mérida y á Badajoz, y los monumentos más notables de Portugal, para servir de guía al viajero, por José Cascales y Muñoz (Mathésfilo). Madrid, 1895. En 8.º, 176 páginas. Una peseta.—Libro es éste que se puede calificar de indispensable para los viajeros, y sobre todo para los veraneantes y bañistas españoles que en crecido número acuden al vecino reino.

L'alcool.—Composición y efectos de las bebidas alcohólicas, higiene de la bebida y lucha contra el alcoholismo, por los doctores en Medicina Pablo Sérieux y Félix Mathieu. París, Félix Alcan, editor. En 16.º, 191 páginas, 60 céntimos.

No puede publicarse con más oportunidad este libro en Francia, puesto que se está discutiendo allí el proyecto de ley sobre *las bebidas* y está fija la atención en el importante asunto del *alcohol* y de su influjo en los conceptos higiénico y social. Los autores reúnen en este número de páginas, asequibles á todo género de lectores, multitud de documen-

tos y opiniones que se hallaban dispersos en los escritos de médicos y fisiólogos, estadísticos y economistas. Confían contribuir de este modo, en la medida de sus fuerzas, á combatir el daño físico y el daño moral—que en el fondo son uno mismo—que causa el alcohol entre los que usan y abusan de él sin parar mientes en su influencia perjudicial.

A.